

# Lady Tessa



Hugo  
Sanz

# Lady Tessa

HUGO SANZ

Lady Tessa.  
©Todos los derechos reservados.

©Hugo Sanz.

1ªEdición: Noviembre, 2019

*Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.*

*No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.*

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1

## **Londres, 1963**

### *Palacio de Griengell.*

Miré por la ventana, el sol brillaba con todas sus fuerzas consiguiendo así, que hiciera un flamante día y los jardines de palacio se vieran espectaculares.

Eran las vistas que divisaba cada día desde mi habitación, en esa ventana donde tantas horas pasaba haciéndome la misma pregunta... ¿Por qué no podía ser igual que el resto del mundo?

Estaba nerviosa porque esa noche iba a conocer a James, Conde de Baliestas, quien, por deseo de mi padre, sería mi futuro esposo.

Se decía que era un hombre guapo y apuesto, pero nunca lo había visto personalmente, era una de las familias influyentes e importantes, aunque menos mediáticas, pues así lo habían decidido.

Yo no estaba de acuerdo, me parecía injusto que los padres fueran los que tuvieran que decidir quién compartiría la vida con su hija y quién la amaría, me parecía algo descomunal, pero tenía que respetar los deseos de mis progenitores.

En estos días se notaba el malestar de mis padres, los Duques de Griengell, a causa del enfrentamiento familiar por la herencia de unas tierras en Bristol, por parte de la familia que teníamos allí, así que intentaba estar el máximo tiempo posible en mi dormitorio y evadirme de ese mal ambiente que se respiraba en palacio.

Apuesto a que, dada mi posición social y los lujos que me rodeaban, muchas jóvenes querían vivir mi vida cuando, en realidad, sería yo la que daría cualquier cosa por vivir las de ellas, unas existencias modestas pero también más acordes con los tiempos y presididas por un valor de una riqueza incalculable: la libertad.

Vivíamos la revolución londinense de esa década, The Rolling Stones, Los Beatles, dieron paso a otro mundo más allá de la postguerra que se había vivido en el país.

Los colores, la vida en las calles, todo daba paso a una nueva forma de vida, hasta la moda comenzaba a ser un factor importante en los cambios londinenses, donde todos querían disfrutar de ese momento y llenar su vida de color, menos nosotros, que nos manteníamos firmes con las doctrinas de un ducado que se cumplía a rajatabla en palacio y en nuestras vidas.

Yo era Lady Tessa, la única hija de los duques, evidentemente, porque no pudieron tener más hijos, a lo que había que añadirle que su primer y único descendiente era hembra, un varapalo para ellos, pues soñaban con un varón y se tuvieron que conformar conmigo, por lo que solo pude heredar el título de Lady, por lo menos hasta que me casara.

Siempre he pensado que aquella decisión del destino, el que yo fuera mujer, condicionó sus vidas. Es más, sin que él tuviera constancia, de pequeña en alguna ocasión escuché a mi padre

cuchichear al respecto y casi culpar a mi madre por ello y me dolió como un cuchillo que se clava en las entrañas. Si yo hubiera sido un varón, otro callo me hubiera cantado, no tenía ninguna duda y habría podido decidir el rumbo de mi existencia.

Mi padre era un hombre firme, serio, seco, recto, muy poco afectivo y controlador, no tenía nada bonito, aunque lo quería por ser mi padre, pero vaya regalo de hombre, era lo más autoritario que había visto en la vida.

Mi madre, sin embargo, era cariñosa, atenta, meticulosa y siempre pendiente a mí, pero manejada al antojo de mi padre, aunque siempre intentaba aplacar sus arrebatos.

A mis veintiún años, no recordaba un día, ni un solo día, que mi padre me hubiera dado un abrazo, ni a mi madre, nunca nos abrazaba. Gracias a Dios, mi madre era más afectiva y muy cariñosa.

¿De verdad ese hombre nunca se había parado a pensar en que yo, ahora una mujer y ayer una niña, necesitaba su cariño y calor? Distante y tosco, se había ganado a pulso el hecho de que, a aquellas alturas del partido, solo pudiera mirarle ya como un a un déspota y que su presencia me generara indiferencia.

Por la ventana pude ver a mi padre fumándose un cigarrillo apoyado sobre una pequeña valla que separaban dos de los jardines, asentía con la cabeza, él y sus demonios, siempre buscándole su sin razón a todo lo que acontecía en nuestras vidas, vivía en guerra consigo mismo.

Si hubiera tenido que definirlo con un solo adjetivo, tengo muy claro cuál sería: atormentado. Era un ser atormentado que ni vivía ni dejaba vivir y de aquellas personas que solo conciben que estés con ellas o contra ellas. Para él todo era o blanco o negro y el resto de los tonos intermedios no existían.

Me senté sobre la cama y suspiré, miré aquel vestido de dos piezas que estrenaría para la ocasión, una camisa de seda en color champán, con una caída espectacular que iría por dentro de una falda lisa en color marrón en A, con un ligero canchán para que diera forma a esa caída en triángulo.

Un atuendo elegante que, cara a cualquier otro evento, ya me habría probado varias veces en la intimidad de mi dormitorio para comprobar que me sentaba rematadamente bien. Era coqueta por naturaleza y me encantaba fomentar aquella cualidad. No obstante, en la presente, ¡maldita sea la gracia que me hacía!

¿Cómo sería él? Sabía que tenía treinta y tres años, decían que era apuesto, de buen ver, pero claro, quería creer que mis padres habían sido considerados a la hora de pensar en mi marido y no me hicieran pasar el mal trago de aguantar un hombre difícil de mirar.

—¿Se puede?

Dos golpes en mi puerta, me sacaron de mis pensamientos.

—Adelante...

—Hija, ¿cómo estás? —Entró preocupada.

—Bien, iba a bajar a desayunar.

—Vamos, entonces... —su tono era inquieto.

Se enganchó a mi codo y anduvimos en silencio por palacio. El trayecto hasta la cocina se me hizo eterno y en el fondo sabía que a ella también. Criada en el absoluto respeto hacia las tradiciones, mi madre nunca movería un dedo para deshacer nada que mi padre hubiera pensado para ella ni para mí, pero creo que en el fondo sabía que, con su silencio, me empujaba hacia un abismo de desdicha. Yo no era ella y mi naturaleza no era sumisa como la suya.

Llegamos a la cocina donde estaba Elisabeth, con el desayuno preparado y nos sentamos en la

mesa.

—Mamá ¿Qué te pasa? —Su cara me ponía nerviosa.

—Estoy preocupada porque el Conde, no sea de tu agrado.

—No creo que eso importe. Es el que elegisteis para mí, ¿no? —dije en tono de reproche.

—Hija, intentamos que fuera lo mejor, sabes que eres nuestra vida.

—Sobre todo la de papá, que se desvive en halagos y abrazos —solté con ironía.

—Ya sabes cómo es él... —Puso los ojos en blanco.

—Eso es lo que no entiendo, como lo aguantas.

—Lo quiero por cómo es, no como aparenta ser. Dentro de él, hay un gran hombre.

—Y tan adentro, como que creo que eres la única persona en la Tierra, que vestes eso.

—Hija... —dijo con tristeza.

La verdad es que, en ese tono, solo podía hablar con mi madre, con la única que podía desahogarme, si mi padre me oyese hablar así, se me podía caer el pelo.

Elisabeth carraspeó para que dejáramos el tema, llevaba con nosotros desde que nací y era nuestro paño de lágrimas, con la que tanto mi madre, como yo, íbamos en busca de su complicidad, a la cocina, donde estaba siempre preparando la comida para palacio.

Nuestra cocina siempre fue el lugar de reunión de las mujeres de la casa y un auténtico espectáculo para los sentidos. Una estancia enorme pero muy confortable, rebosante de vajillas, menajes y enseres, unos más antiguos y otros más modernos. Siempre limpia, resplandeciente y ordenada, desprendía un delicioso olor que era sinónimo de hogar...

Ese día me encerré en la habitación, menos a la hora de la comida, que fui a uno de los salones donde solíamos comer a diario. El resto del tiempo evité el encuentro con mi padre. Cada vez me costaba más mirarlo sin vomitar lo mucho que me amargaba la incertidumbre de aquella boda concertada.

Mi padre fingió como siempre una sonrisa tras ese rostro serio y de pocos amigos, como gesto a mi saludo.

De ese modo podía un escudo protector entre él, el gran sabelotodo y el que orquestaba la vida en palacio y el resto del mundo, al que sentía bajo su dominio. ¿No lo partiría un rayo?

Comía la sopa haciendo un ruido que me daban ganas de pincharle en la frente con el tenedor, pero callaba ante todo lo que él hacía. Cualquiera le llevaba la contraria y yo, ya tenía asumido sonreír por fuera y por dentro estallar en una serie de adjetivos que alimentaba mi alma.

Por un lado, deseaba con todo mi corazón salir de palacio e irme a hacer mi vida, pero si el que me tocaba, era como mi padre, aquello iba a convertir mi vida en una batalla campal, pues no pensaba estar bajo la sumisión de nadie.

Y lo malo es que últimamente me había dado por pensar que estaba un poco gafada y que mi futuro maridito no iba a ser un tesoro.

Ese día era una fiesta, desde mi ventana veía como preparaban los jardines para la recepción del Conde y la presentación oficial donde me pediría en compromiso.

Yo lo tenía asumido como un mal trago y, por tanto, lo que deseaba es que pasara pronto...

Mi padre estaba ahí, dirigiéndolo todo el cotarro, estaba claro que él, tenía que decidir los tres milímetros que debía colocarse una mesa, o la silla. Resoplé negando al ver lo meticulouso que era o quería hacer creer. El caso era dirigir y poner la guinda al pastel.

Me acosté un rato y luego me di un buen baño, necesitaba relajarme, estaba de lo más nerviosa por descubrir ya ese rostro que me conduciría a una vida junto a él, además de su forma de ser, eso era lo que más me preocupaba, pues aguantaba a uno, no más. Con mi padre tenía más que

suficiente.

Me preparé y me vestí, me sentía guapa, elegante, atractiva, con el pelo a medio recogido.

Si hubiera podido poner la mejor de mis sonrisas, el resultado podría calificarse de espectacular, pero esa última parte estaba más complicada.

Miré por la ventana y lo vi ahí, junto a su madre, Margarita, con una cara de despedir gente que no podía con ella, esa sería mi suegra. Más le valía empezar a esbozar sonrisas, o nos íbamos a llevar muy mal.

Miré alrededor pero no vi ninguna escoba, se ve que aquella bruja había venido en coche y no volando...

A él se le veía guapísimo, por esa parte me alivié, ahora tocaba descubrir su personalidad. Ya estaban todos listos abajo, más de doscientos invitados y solo faltaba yo.

Aquella bonita visión calmó un poco mis nervios y eso se notó en mis facciones. Aunque todavía tímida, una sonrisa comenzó a esbozarse en mi cara.

Cogí aire y salí, un pasillo de personas esperaba, mis padres al fondo junto a James y su madre.

Las piernas me temblaban un poco, pero tenía meridianamente claro que no podía dejar que se notase. Me lo había prometido a mí misma, ¡ni un signo de debilidad! Avancé por aquel pasillo con más orgullo que Don Rodrigo en la horca, como solía decirse...

Salí y todos comenzaron a aplaudir, la sonrisa de mi familia y la de él, eran de satisfacción, la de la madre... Bueno, la de la madre era para ponerla contra la pared y dejarla así, hasta su último día.

Volví a mirarla y tampoco divisé ninguna verruga en su cara. Vale, iría bien maquillada, pero eso no quería decir que no fuera una bruja...

Me acerqué hasta ellos y sin previo aviso, me tomó de las manos y me pidió en compromiso.

¡Joder, las tuyas estaban heladas! De haber estado en otra situación, le habría dicho dónde podía metérselas... Aquello era el colmo de lo romántico para mí. Vaya, la pedida de mano que siempre había soñado, ¡pero al revés!

Miré a mi padre que asintió con la cabeza y luego a él.

—Claro... —es lo único que me salió sonriendo y me besó.

Fue un beso corto, pero sentí que me lo había dado con mucho deseo y felicidad. Yo no podía decir lo mismo, me gustaba lo que veía, pero yo no había decidido estar ahí.

Aun así y, como barrera mental protectora, intenté dejar mis reservas a un lado y procurar pensar que igual en el fondo aquello no era tan malo. ¡Mira que si al final algún día comíamos las famosas perdices...!

Su madre era un cuadro de los que están colgados en los museos y no se mueven de ahí, con cara de agria y mirando a todos por encima del hombro. Que ganas me daban de sacarle la lengua y decirle cuatro cosas, vaya careto que llevaba la Condesa.

Reí para adentro pensando que además era más fea que la rodilla de una cabra...

James estuvo de lo más atento y cariñoso durante toda la velada, los invitados lucían felices por ese momento y porque les gustaba una fiesta más, que una noticia bomba en los periódicos.

La boda se celebraría en un mes, en los jardines del palacio de James, al igual que la pedida había sido en nuestro palacio, así que esa noche nos despedimos y quedamos en vernos el día de la boda. Mis padres no aceptaban que nos viéramos antes, querían preservar mi inocencia, esa que querían que estuviera intacta hasta el enlace.

Y a mí tampoco es que me mataran las prisas así que todos de acuerdo por una vez.



Nos despedimos con otro beso y una emocionada expresión por parte de James, la madre seguía igual, un gato de escayola que solo miraba de arriba a abajo, pensando en no sé qué cosas.

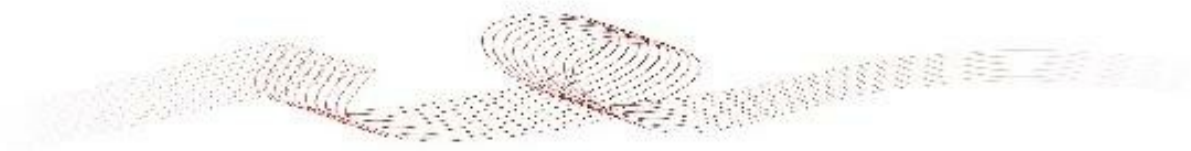
Desde luego, parecía que llevara horas chupando un limón. Si aquel era su gesto en una fiesta de ese calado, ¡sabría Dios cuál era la de recién levantada!

Los siguientes días en palacio fueron girando en torno a la boda, mi padre estaba orgulloso de que me uniera a ese hombre y mi madre se sentía más relajada, al comprobar que había sido de mi agrado.

Los días pasaron volando, no lo volví a ver, ni siquiera pude hablar con él, me habían confeccionado un vestido de estilo victoriano que me parecía de lo más bonito y más acorde con lo que yo quería.

Por lo menos, ya que no pude elegir el novio, me di el gustazo de elegir vestido...

## Capítulo 2



### *Palacio de Baliestas.*

Ya estaba entrando a los jardines de la que sería mi nueva casa, un imponente palacio rodeado de cientos de hectáreas de jardín, era una pasada.

Mi padre se había encargado de ponerme al corriente de que todo lo que rodeaba a la que sería mi nueva familia era fastuoso. Y en eso, desde luego, no se había quedado corto...

Llamaban la atención los impresionantes jardines del que me había comentado que era uno de los mejores palacios de la zona. Era imposible avistar sus límites pues estábamos ante acres y acres en los que no faltan paseos por zonas boscosas, un invernadero victoriano grandioso, juegos de agua, cuidadas curvas y toda una colección de caprichos arquitectónicos.

Me bajé del coche y me agarré del brazo de mi padre, quien me llevaría hasta la capilla que había en aquel lugar, donde se celebraría la ceremonia.

Por primera vez en su vida pude ver un gesto de emoción en su cara. Para él, aquella boda era la culminación de un sueño y una prueba más de su innegable poder.

Ahí estaba mi futuro marido, guapísimo, junto a su madre que lucía elegante, pero sin sonrisa, esa cara era de permanente seriedad. Vaya cuadro tenía James con esa mujer al lado, aunque no sabía quién era peor, si mi padre o su madre.

¡Vaya dos patas para un banco!

La ceremonia fue emotiva y bonita, la cara de James, era de satisfacción y alegría, la mía también, había algo en él, que me gustaba y mucho.

Definitivamente comencé a relajarme y a pensar que había llegado la hora de darme y de darle al que acababa de convertirse en mi marido, una oportunidad de ser felices.

Salimos de la capilla, como marido y mujer y nos fuimos al banquete, por supuesto, con su madre, la simpática Margarita y mis padres, que se sentarían en nuestra mesa.

¡Desde luego aquella mujer era la alegría de la huerta...!

Duró todo el día, la gente estaba en su salsa, hablando de sus títulos y riquezas, en un entorno donde todos querían destacar.

Una especie de “a ver quién la tiene más grande...”, pero en cuestión de riqueza...

Margarita ni hablaba, se pasó toda la boda observando, yo rezaba porque mi vida junto a ellos, no estuviera marcada por ese rostro. Me iba a desesperar y mucho, tener que hacer una vida con ella, presente en todo momento.

Y el caso es que, aunque parecía una momia, la edad de James mucho me hacía presagiar que no era ningún carcamal y que iba a tener suegra avinagrada para largo...

Cuando acabó la celebración, entramos a palacio de la mano, comenzó a enseñarme todo aquel

lugar, parecía que aquellas tierras nunca se acababan, hasta que llegamos a nuestro dormitorio. Era impresionante, con una bañera delante de la ventana, sofás, una cama imponente, aquello era lujo, mucho lujo.

La decoración era sobria pero cuidadosamente estudiada. Con mucho gusto.

—¿Estás contenta? —Me agarró por la cintura y me pegó a él.

—Claro... —sonreí.

—Estás preciosa —me dio un dulce beso, que hizo tranquilizarme.

Comenzó a quitarme el vestido y comprendí que había llegado el momento, casi me asfixio de contener el aire, me daba mucho miedo ese primer momento.

Respiré hondo y cerré los ojos. Solo quería que fluyera y, para lograrlo, era cuestión de dejarme llevar. Seguro que él sabría lo que hacer...

Mi vestido cayó al suelo y quedé en ropa interior, él me miraba con ojos de deseo, yo permanecía inmóvil, sonrojada. En mi vida había estado con un hombre y él, me sacaba muchos años, yo tenía veintiuno y él, treinta y tres.

Me sonrojaba pensar que él se diera cuenta de que tenía más miedo que Pinocho en una hoguera.

—¿Estás nerviosa? —Pasó sus dedos por mi mejilla.

—Un poco... —sonreí.

—Tranquila —me devolvió la sonrisa y me giró para quitarme el sujetador.

—Vale, lo intentaré—dije, queriéndome convencer a mí misma...

Volvió a ponerme frente a él, con los senos al aire, mirándolos mientras carraspeaba.

Mi piel estaba tan erizada que, al mirarlos desde arriba, mis pezones parecían dos timbres de castillo, lo que venía muy al pelo...

Tocó mis pechos con las dos manos y emitió un gemido de placer, yo pensaba que me iba a desmayar. Esa situación me ponía un tanto nerviosa.

Tenía que aguantar el tipo y entonces me reconforté pensando de nuevo que al menos era guapo a rabiar y eso ayudaría. De haber sido un callo, lo mismo había salido corriendo de allí al galope...

—Iré con cuidado, no te preocupes —dijo en un tono, como si tuviera el control de todo y a la vez quisiera tranquilizarme.

En ese momento todavía no sabía lo que era la excitación y eran los nervios los que se habían apoderado de mí.

Me quitó la braguita y me quedé desnuda frente a él. Comenzó a desnudarse, su cuerpo era fibroso, perfectamente definido. Miré su miembro y me asusté, si aquello tenía que entrar en mí, me iba a partir en dos.

Si hubiera tenido una varita mágica, lo habría encogido, ¡vaya si es tonta la ignorancia!

Me echó con cuidado sobre la cama y se puso a un lado, mirándome y con su mano en mi vientre.

En esta ocasión no la tenía fría, ni el resto del cuerpo tampoco. Normal, ¡estaba hirviendo como una cafetera!

—Abre las piernas y relájate, intentaré que todo sea fácil en tu primera vez.

Eso me sonó fuerte por mucha calidez que tuvieran sus palabras y un intenso escalofrío me recorrió de pies a cabeza. El miedo a lo desconocido es lo peor...

Abrí las piernas dejándolas arqueadas y contuve el aire cuando sus dedos fueron a parar a mi zona íntima, aquella que había sido infranqueable, ¡hasta ese día!

—Si te duele, me lo dices —comenzó a meter uno de sus dedos en mi interior y luego un segundo.

No me dolía, me resultaba un poco incómodo, pero cuando apretó hacia el fondo, me quejé. Noté como si me pincharan con algo de grosor.

—Aguanta que ya casi estoy —dijo abriendo mi interior un poco más.

Solté el aire y me agarré las sábanas, contrayéndome un poco.

Estuvo un buen rato ahí intentando que aquello al final, pasara a la excitación, lo consiguió, luego se acomodó más y comenzó a tocar mi zona más placentera, en círculos, dándole cada vez más intensidad. Comencé a gemir y a doblarme de placer hasta que un orgasmo llegó y caí sin fuerzas.

—¿Bien? —preguntó sonriente.

—Sí —no dejaba de ruborizarme y casi que no podía entender aquella sensación cuasi-mágica que acababa de notar. Tenía una imagen del sexo un tanto desvirtuada, del estilo de que solo era placentera para el hombre y, desde luego, lo que acababa de sentir, lo desmentía de lleno.

—Creo que ahora te será más fácil —se puso entre mis piernas y comenzó a penetrarme.

Volví a sujetar con fuerza las sábanas y sentí como llegaba hasta el final, agarrado a mis caderas y cabalgando sin prisas, pero sin pausas.

Se notaba que era un buen jinete, ¡y que no era la primera vez que galopaba!

Llegó a un orgasmo cayendo sobre mí y agarrando mis pechos con fuerza.

Dormimos abrazados, después de ese momento que tantas veces había imaginado. Me había gustado, para ser la primera vez, me había causado una sensación de lo más placentera.

Por la mañana desperté y él, me miraba sonriente.

—Buenos días —dijo poniendo su mano sobre mi vientre.

—Buenos días, James —sonreí.

—¿Qué tal la noche?

—Bien, muy bien.

—Me alegra. Había pensado en desayunar aquí en palacio y luego irnos a pasear por la ciudad ¿Qué te parece?

—Claro, nos vendrá bien salir y que nos dé el aire.

—Por supuesto —su mano bajó de nuevo a mi zona —, pero antes, tenemos que hacer algo —sonrió y se puso entre mis piernas con su boca en mis partes.

Agarró mis caderas y comenzó con su lengua a entrar en mi interior, sus manos se fueron a mi pecho, comencé a gemir de excitación y luego se posó con movimientos incesante en mi parte más sensible.

Grité de placer y él, le daba más intensidad, cuando llegué al orgasmo me hizo girarme y poner a cuatro patas, me penetró con menos cuidado, me gustó, aunque me dolía en algunos momentos, sentía tal presión, que parecía que iba a explotar.

Luego nos dimos un baño y bajamos a desayunar con la mejor de nuestras sonrisas. Había sido un buen estreno de matrimonio y empecé a pensar que entre nosotros había química...

Nos sentamos en un impresionante salón y Diana nos trajo el desayuno, era la encargada de la cocina, como en mi casa, Elisabeth.

Diana era joven y muy guapa, tímida a la vez de servicial, me recibió muy emocionada y sonriente.

Estaba claro que intentaba agradar y eso es algo que una agradece cuando llega a un sitio nuevo. De otro modo, te sientes en territorio hostil.

Llegó Margarita que se incorporó a nosotros con esa cara de perro enfurecido al que no dejan de salir de la jaula, que mal me caía, pero yo sonreía como si no pasara nada.

Con ella adoptaría aquella postura de que “al mal tiempo, buena cara”.

—Estuvo muy bien la boda —dijo sin dar los buenos días.

—La verdad es que sí —respondió James.

—¿Bien tú primera noche en palacio? —se dirigió a mí.

Me tuve que pensar no soltarle una burrada, pero ganas me sobraban.

—Claro, además estaba agotada, no fue difícil coger el sueño.

Asintió con la cabeza, sin regalar ni una sonrisa. Vaya papeleta de mujer me había tocado en mi vida, algo me decía que nos íbamos a llevar muy mal.

—Hoy comeremos fuera —dijo James.

—Está bien —ni levantó la mirada.

Terminó de desayunar y se retiró.

—No es mala persona, desde que falleció mi padre siempre está así, pero bueno, no hace daño.

—Tranquilo —no era eso lo que quería decir, pero tampoco estaba bien decirle que, si me hiciera daño, no sabía con quién había dado. Yo sabía cómo capear el temporal y, además, me pondría la vacuna de la rabia, por si en algún momento a Margarita le daba por morderme.

Diana entró a retirar los platos vacíos y preguntar si necesitábamos algo más. No es que yo fuera celosa ni nada por el estilo, pero entre ellos, vi unas miradas de complicidad que no me gustaron, aunque tampoco quería romperme la cabeza con fantasmas ni nada parecido.

Nos fuimos a pasear por la ciudad, el día estaba precioso, James me contaba sobre su juventud y niñez, yo hacía lo mismo.

Por lo que me contó, debía haber sido todo un trasto de niño así que, si nuestros hijos se parecían a él, no nos iba a faltar diversión...

Comimos en un restaurante que era una pasada de bonito, era nuevo y, sobre todo, con unos platos preparados que saltaban inmediatamente a la vista.

Se notaba de lejos que deseaba que yo estuviese a gusto y lo lograba.

Estuvimos todo el día en la calle y compramos algo de ropa. Él, me llevaba de la mano, era muy cariñoso y se le veía feliz a mi lado, yo también lo estaba, me estaba comenzando a ganar.

Me iba conquistando por momentos y la idea de un futuro muy feliz a su lado comenzaba a cobrar fuerza en mi mente.

Volvimos a palacio para la cena y Diana nos la sirvió en un rincón del jardín, era verano y la noche estaba espectacular, ni rastro de Margarita, “a Dios gracias”, estar en una mesa con ella, era de lo más estresante e incómodo.

—Si no necesitan nada más... —dijo Diana, retirándose.

Pero de nuevo, veía algo raro, quise evitar esos pensamientos y sacar esas ideas rápidamente de mi cabeza.

¡A ver si iba a pasar en horas de no querer casarme a convertirme en una celosa patológica!

James era cariñoso, atento, sonriente, pero a ella se le sonrojaba la cara cuando él, se dirigía a hablarle.

¿Sería simple timidez o escondería algo más? No era de juzgar a las personas a la primera por lo que debería darles un voto de confianza.

De ahí nos fuimos a la cama, por supuesto, no sin antes pasar por ese momento que parecía que tanto le gustaba a mi marido.

Me desnudó con cuidado y me dijo que me agarrara a uno de los doseles de la cama, me separó las piernas y levantó mis caderas, me penetró directamente y sin previo aviso.

Gemía duro y fuerte con cada estocada, con cada movimiento. Yo, me estaba agarrando tan fuerte al dosel de madera, que pensaba que me iba a destrozar las manos.

Me incorporó cuando se corrió y me agarró los pechos mientras mordisqueaba mi cuello.

—¿Nunca te has tocado? —preguntó girándome y besándome.

—Bueno —contesté de lo más cortada y un tanto descolocada por una situación que era totalmente nueva y que no había imaginado.

—Ahora lo harás para mí, límpiate y tumbate en la cama.

Solté el aire y me quedé helada, no me esperaba eso.

Me lavé, me senté en el borde de la cama y él, se sentó en un sillón que había frente a ella, con las piernas cruzadas y su cara apoyada sobre su mano hacia un lado.

—Ábrete que te vea bien y tócate para mí —dijo sin titubear.

—James... —dije avergonzada.

—Hazlo —sonrió exigente.

Comencé a acariciar mi zona sensible y a sentir esa excitación que se apoderaba de mí, él me miraba carraspeando, con ojos de deseos, disfrutando de lo que yo, me estaba haciendo.

Llegué al orgasmo y caí hacia atrás respirando de forma acelerada.

Todo iba bien, no había nada que temer. Estaba claro que mis nervios me jugaban malas pasadas, pero yo no solo tenía que seguir sus instrucciones. No era tan difícil.

Se acostó a mi lado y me tapó.

—Poco a poco, lo iremos pasando genial —dijo besando mi frente y apagando la luz.

Me quedé un poco expectante con esa frase, pues se podía interpretar de varias maneras.

Y unas, me gustaban más que otras. En cualquier caso, debía quedarme con la esencia: “pasarlo genial”.

## Capítulo 3



### Londres, 1963

Esa mañana James no estaba en mi cama, me vestí y salí a buscarlo, llegué a la cocina y allí estaba con Diana, pero al sentirme llegar, fue como si hubieran cortado una conversación o algo que se decían, se me puso mal cuerpo, pero no dije nada.

—Buenos días —se acercó y besó mi cara.

—Buenos días, te has levantado temprano —sonreí.

—Suelo hacerlo —asintió y me extendió la mano para que me sentara a la mesa.

Desayunamos ahí, pero yo veía a Diana muy fingida, como si ocultara algo, como si estuviera molesta. Todo aquello, me dejaba muy pensativa.

¿Era yo o había algo ante mis ojos que resultaba evidente?

No quería poner cara de enfado, tuve que ensayar para poner en mi cara una sonrisa fingida todo el tiempo.

De todos modos, quizá me estuvieran enseñando ellos dos. Si eran capaces de hacer como si no pasase nada, tendríamos que jugar todos a lo mismo.

—Hoy tengo que salir a hacer unas cosas de mi negocio —dijo mientras sujetaba el café antes de darle un sorbo.

—Perfecto.

—Vendré por la noche.

—Vale. Estoy pensando en ir a ver a mis padres y pasar el día con ellos.

—No es conveniente aún, estamos en los primeros días del enlace y deberías adaptarte a palacio.

Aquella frase fue como un puñal que te atraviesa todo el cuerpo.

Tenía ganas de ver a mi madre. La necesitaba. Lo de mi padre era un añadido, pero a ella la echaba de menos, ¡y mucho!

Me quedé con la respiración contenida por no haberlo mandado a la mierda allí mismo, ante esa mujer, Diana, que estaba fregando toda la cocina y disimulando, pues ahí pasaba algo.

Me estaba quedando a cuadros por momentos y la imagen del príncipe azul se estaba haciendo añicos ante mí.

Tras el desayuno me besó y se fue, yo permanecí en la cocina, en silencio, me había quedado mal con aquella respuesta de su parte ¿Qué se creía, que podía manejarme a su antojo y él, hacer lo que quisiera?

Diana no hablaba, estaba entretenida con sus cosas, parecía como si evitara mi mirada.

La incomodidad comenzó a hacer acto de aparición y me sentí como un pez fuera del agua.

—Estaré en mi dormitorio —dije a Diana, en tono seco. Se habían acabado las contemplaciones.

—Está bien —ni se giró a mirarme, que le dieran por saco, ya me caía mal.

Y me importaba un pimiento lo que ella pensara de mí.

Me fui al dormitorio, y me senté en el poyete de la ventana, como hacía en mi casa, mirando al jardín...

Activé el modo contemplativo y puse la cabeza a funcionar. Estaba un tanto furiosa.

Dos jardineros lo arreglaban todo, lo mantenían de ensueño, pero aquello parecía una cárcel de lujo, al menos me estaba dando esa sensación, a pesar de llevar dos días casada.

Me preguntaba hasta cuándo podría aguantar así, eran las primeras horas que pasaba sola y ya me sentía mal.

Comencé a maldecir mi estampa y la de mi recién estrenada familia política, flamante maridito incluido.

Pasé hasta la comida metida allí, más tarde bajé para comer, Diana me dijo que Margarita ya había comido, así que lo hice en la cocina, ante el silencio de esa mujer que parecía que escondía algo, me daba esa sensación.

Al menos, eso sí, me libraba de la mirada inquisitiva de mi suegra.

Tenía cada vez más claro que era como si guardara un secreto o escondiera algo ante mis ojos, pero bueno, allá ella. Si tenía algo que ocultar, ya lo descubriría ¡Buena era yo...!

No vi a Margarita en todo el día, parecía que me esquivaba, cosa que agradecía porque su cara me ponía de mal humor. Tenía la sensación de que mi vida en aquel lugar, sería bajo las órdenes y agrado de mi esposo y aquello, tarde o temprano, podría explotar como una bomba de relojería si no cambiara.

James llegó para la cena, yo ya estaba en la mesa del jardín esperándolo, Margarita se incorporó también.

—¿Qué tal el día hijo?

—Bien mamá, bien aprovechado —sonrió.

—¿Y qué tal tú día en palacio? —preguntó James.

—Bien, aburrida pero bien —solté con una sonrisa irónica y vi cómo Margarita me miraba desconcertada, pero me importó un bledo.

—Deberías buscar cosas para no aburrirte —dijo James.

—Me gustaría hacer algo, sí.

—Pues piénsalo y ya me dices —dijo como si él, tuviese que aprobar lo que yo decidiera.

Me callé, no iba a discutir en esa mesa con la cara de perro que tenía enfrente, esa mujer era el mal rollo en persona.

Tras la cena fui al dormitorio, James me pidió que me adelantara, pues tenía que hacer algo.

Me quedé con la mosca tras la oreja, algo me decía que había mucho gato encerrado y yo quería descubrirlo, sería cuestión de tiempo.

¡Menudita era yo y, por falta de tiempo libre, no sería!

Entré en la habitación y me puse el camisón, me metí en la cama y me hice la dormida cuando él llegó.

Besó mi hombro y apagó la luz, no hizo un intento de nada.

Eso me extrañó, pero para mí fue como una pequeña señal de victoria. Ya sabía lo que tenía que hacer cuando no me apeteciera. No iba a estar a su merced.

Una hora, más o menos después, lo sentí salir de la habitación y ni me moví, tardó casi una



hora en regresar. Me olía que era para hacer algo que no quería que yo supiera, tenía una sensación tan fea, que me estaba quemando yo sola.

Por la mañana no estaba en la habitación. <<Era precioso despertar sin el marido al lado>>, pensé con ironía, aunque en el fondo, aquello me parecía de lo más frío y menos afectivo del mundo, en fin... Me tenía que aguantar, sobre todo, para complacer a unos padres con unas ideas difíciles de cambiar.

Bajé a la cocina y escuché las risas de James y Diana, fue entrar y todo se cortó de repente, ella se giró para poner el café.

Aquello ya comenzaba a oler a chamusquina.

—Podéis seguir riéndoos —dije con sorna y me senté.

—No deberías...

—James, déjalo —sonreí con ironía.

—Luego hablaremos —se sentó enfadado.

—Me parece perfecto —volví a sonreírle de forma falsa y me miró muy enfadado.

—Ve al cuarto, no vas a desayunar —me dijo ordenando.

Lo miré con asco y salí de allí, fui al jardín, no me daba la gana de irme a la habitación.

¿Qué había sido aquello? ¿Se sentía mi “dueño y señor”?

<<No vas a desayunar...>>

Me lo repetí mil veces a mí misma, incrédula ¿Qué demonios se creía? Una y no más, como este fuera por ese camino...

Lo tenía claro, había vivido bajo las órdenes de mi padre, perdiéndome muchas cosas y encima casándome con alguien que no conocía, hasta aquí podía llegar si se pensaba James, que iba a conseguir tenerme bajo su sumisión.

—Toma —me giré y estaba Alba, otra chica del servicio, más amable. Me dio un café.

—Gracias, no debiste...

—Claro que sí. Ten mucho cuidado... —dijo mientras señalaba la taza, para que me lo tomara antes de que nos pillaran.

—¿Por qué?

—No puedo hablar, pero recuerda lo que te he dicho y sigue tus instintos, no te fíes de quién consideres oportuno.

Me bebí el café y le devolví la taza, la puso en una bandeja con las que había llevado a los chicos del jardín.

<<Qué tuviese cuidado...>>

Estaba estupefacta. No podía quitarme de la cabeza eso de que cuatro ojos, ven más que dos. Además, Alba llevaba mucho más tiempo que yo en la casa y seguro que sabía bien de lo que hablaba.

Aquello me parecía algo fuerte, realmente fuerte ¿Se referiría a James? ¿Margarita? ¿Diana? Ahora tenía más preguntas que respuestas.

Aquello empezaba a parecerse más a un puzle que a otra cosa.

Fui caminando hacia la parte de delantera de la casa, pues yo estaba en un lateral y me topé con James.

No podía ser otra persona sino justo la última a la que deseaba ver en ese momento.

—¡No vuelvas a desafiarme! —dijo señalándome con el dedo de forma furiosa.

—No me hables así —apreté los dientes.

—¡Te debes a tu marido! —seguía furioso.

—Y tú a tú mujer, no se te olvide eso y no me vuelvas a dejar encerrada en esta cárcel, si quiero ir a casa de mis padres, iré.

—No hagas que te ate...

—¡Átame y no me sueltes entonces, porque si no, no me verás más! —grité enfadada y me fui al cuarto, pasaba de escucharlo.

Vino detrás de mí y antes de entrar a la casa, me agarró del brazo.

—¡No vuelvas a contradecirme! —su tono era amenazante.

—¡No me vuelvas a tocar! —Jalé del brazo y me fui al cuarto, venía detrás resoplando.

Entré al dormitorio con él detrás, cerró la puerta con un fuerte golpe, yo me puse junto a la ventana con los brazos cruzados.

—¡Vas a hacer todo lo que yo diga y si te tienes que quedar años sin salir de palacio, lo harás! —gritó.

—No me grites, James... —dije sonriendo de forma calmada.

—Te grito una y mil veces —su tono era furioso.

—Si piensas que eso te hace más hombre...

—¡Eres una niña de veintidós años! —Me señaló con el dedo.

—Eres tú quien decidiste casarte con esta niña —le hice un guiño —. Yo no tuve elección, créeme. De ser por mí, nunca habrías estado en mi lista —ladeé la cabeza chulescamente.

—Me estás enfureciendo...

—Quieres que a todo te diga que sí, pero no, no soy así y no nací para estar a merced de alguien como tú.

—Pues lo vas a estar, créeme que lo estarás...

—Hasta que yo quiera —mi tono era de lo más calmado.

Estaba poniéndose morado, yo pensaba que le iba a dar algo, pero conmigo no iba a poder.

Quitó unos adornos que había sobre el aparador de la habitación.

—Tumbate boca abajo —dijo ordenando y señalando el mueble.

—No quiero —negué con la cabeza.

—No hagas que te tenga que poner yo... —soltó el aire.

—¡Hazlo! —le reté y me jaló del brazo.

Me colocó boca abajo con fuerza y me bajó el pantalón, la braga y me penetró de una estocada, mientras con sus manos, sujetaba mi espalda con fuerza.

Me folló ahí, de la forma más cobarde, de la única manera que se sentía un hombre. Yo miraba hacia la ventana, con asco, con odio, con sentimientos que me hacían repudiar a ese hombre, mientras entraba y salía con fuerza de mí.

Cuando se corrió, se apartó de mí, se abrochó el pantalón y salió de la habitación.

Me incorporé llorando, de rabia, de dolor y de impotencia.

Me había hecho sentir una basura, algo que no tiene más valor que el de complacer a un hombre con tan pocos valores.

Yo no había nacido para aquello y no estaba dispuesta a sufrir tales humillaciones. Había actuado de la manera más vil y rastrera, dejando muy claro de qué sucia pasta estaba hecho.

Miré la habitación y comencé a llorar, no entendían como mis padres me habían vendido al primer postor y podían vivir tan tranquilos.

Era una barbaridad y encima se sentirían tan orgullosos. Por enésima vez, maldije mi suerte, pero estaba dispuesta a cambiarla.

A la hora de la comida llamaron a la puerta y abrí, era Margarita.

—Te esperamos abajo para comer —dijo en tono autoritario.

—Te lo agradezco —fingí una sonrisa —, pero no me encuentro bien.

—Bueno, no comas, pero te sientas en la mesa.

En ese momento me encendí y miré alrededor buscando lo primero que encontrara, para partírselo en la cara.

—No, no soy un mueble para sentarme a mirar, si no tiene nada más que decir...

te agradecería que cerraras la puerta y respetaras mi intimidad.

—Tu marido, se encargará de ti —dijo marchándose.

—¡Aquí lo espero, a cuatro patas, como a él le gusta! —dije con rabia. Puedes decírselo, si lo tienes a bien...

Se alejó sin inmutarse, pero esto iba a ser una guerra, una batalla a la que me habían enviado sin razón, pero yo, de esta, iba a salir. A mi ese hombre, ya me causaba rechazo, asco, odio... y no pensaba quedarme de brazos cruzados, no les daría esa satisfacción ni a él ni a su madre.

Bajé a la cocina sin pasar por el salón donde estaban comiendo, en ella estaba Diana, con esa cara de misterio, callada, sin saludar, aunque a mí, me importaba una mierda.

Cogí dos rebanadas de pan, les unté un paté casero y me las comí sentada en esa mesa, mirándola con descaro, intimidándola, ella me evitaba, se ponía a fregar como loca y a volver repasar lo que acababa de limpiar.

Terminé de comer y fui al jardín a pasear, necesitaba tomar aire, aquello me parecía lo más bochornoso que había visto en mi vida.

Notaba una fuerte opresión en el pecho y ganas, muchas ganas de tener alas y salir volando de allí.

Me imaginaba a mi madre aguantando cosas así, me estaba dando por pensar que ella estuviese viviendo la misma mierda de vida, que yo acababa de empezar.

Siempre sospeché que no debía ser feliz con mi padre, por mucho que lo ocultara, pero ahora sabía hasta dónde podían llegar las vejaciones de un hombre de aquella calaña.

Me senté bajo un árbol desojando una flor, pensando en cómo salir de este lugar, a mi casa, estaba claro que ya no quería volver, no quería por nada del mundo ver a mi padre, en estos momentos lo detestaba, este dolor que estaba sintiendo era por su culpa.

Estuve por los jardines un rato y luego volví al dormitorio. James, estaba allí, sentado en el filo de la cama con ganas de liarla.

—Te has pasado con mi madre y le debes respeto —su tono volvía a ser dura.

—Y tú y ella conmigo ¿Soy una bolsa de basura, acaso?

—¡Nos debes respeto! —dijo un puñetazo en la cama.

—¡El mismo que me debéis a mí, ante todo soy persona! —solté con rabia.

—No me provoques más, no me provoques más... —soltó, encendido.

—No tratadme como a una mierda y no vuelvas a hacer lo que me has hecho hoy.

—Te haré eso y lo que quiera, siempre que lo merezcas —se levantó y agarró mi mano con fuerza —¿¡Entiendes!?

—Claro —sonreí con frialdad —, si eso es lo que tienes que hacer para sentirte más hombre... Conozco a muchos que brillan de otra manera —apreté los dientes —, respetando a las personas, algo que tú jamás conocerás. Tu forma de ser no te hace más hombre, te hace más miserable.

Solté mi brazo con rabia y me dio una bofetada.

Me quedé sin aliento, lo miré con odio tocándome la cara.

—No me subestimes... —Salió del dormitorio con rabia.

Me acosté en la cama llorando, me sentí humillada, acorralada por un ogro que se creía persona, por un matrimonio de tres días que ya estaba destrozado y con una vida que no quería vivir, no lo quería hacer, prefería cortarme las venas a tener que aguantar aquello.

Me quedé dormida unas horas, hasta que vino Alba, al abrir me quedé sorprendida.

Era la única cara amable que me quedaba en la casa y su presencia me reconfortó.

—Los condes la esperan en el salón para cenar —su rostro era de preocupación.

—Alba, no voy a ir —dije con tristeza —, tengo que buscar la manera de escapar de aquí — comencé a llorar.

—Ve, haz el papel, hazme caso —su tono era preocupante —, luego preparas lo que sea, pero debes ir, será mejor. Yo te ayudo, pero no te pongas en riesgo.

Eso me encendió una luz, era más fácil fingir y preparar algo para irme, algunas ideas me llegaban a la cabeza.

Eran como flashes a los que debía dar forma, pero por mi vida que lo haría.

—Gracias, Alba —le toqué el hombro con cariño y la seguí hasta el salón.

Llegué al salón y ahí estaban los odiosos, sonreí falsamente y me senté con ellos a cenar.

La cara de la madre era para metérsela en el plato y ahogarla con la sopa y la de James, del puro macho con menos valores que un sicario.

—Mañana daremos una recepción para unos amigos de mi compañía —dijo, refiriéndose a los de su empresa.

—Está bien... —sonreí con falsedad.

—Quiero que brilles ese día.

<<Me pondré lucecitas, más tonto y no lo encierran...>>pensé.

—Vale —volví a regalarle una escueta y falsa sonrisa.

—Yo no estaré, tengo que ir a casa de mi hermana Helena —dijo la amargada, causándome un alivio, poder perderla de vista.

—Lo sabía mamá, tranquila...

—Además, eso es cosas de jóvenes —dijo mientras tomaba esa crema que no paraba de remover y mirar.

—Tu lo eres también, mamá —dijo, causándome unas nauseas increíbles, vaya arropo en tanta maldad.

¿Que era joven? Quizás no fuera demasiado mayor, pero parecía prima hermana de la momia de Tutankamón, la muy desgraciada...

Tras la cena nos levantamos y fuimos al cuarto.

Un silencio invadió el dormitorio, me cambié y me acosté, él se quedó leyendo unos documentos en el sillón de la habitación.

Ya no lo veía ni tan guapo, sus facciones se me antojaban maléficas.

## Capítulo 4

Noté la cama vacía, estaría con su amiga Diana en la cocina, mejor para mí, no quería tenerlo cerca.

¡Que lo distrajera ella, si es que eso era lo que querían! Yo no era el mono de feria de nadie.

Tardé en prepararme y bajar a desayunar, él no estaba y ni rastro de la flor de mi suegra, estaría con su hermana.

Me senté en la cocina sin dar los buenos días y esperé a que Diana, me pusiera el desayuno.

Notaba su frialdad, su rostro de ocultar algo y me daban ganas de decirle cuatro cosas, pero mantendría la compostura.

Después de desayunar salí al jardín a tomar un poco de aire, el día iba a ser movidito y quería respirar un poco de aire puro.

Me encontré a Alba.

—Hola, Alba —sonreí.

—Hola, señora. ¿Estás bien?

—Sí, gracias. Hoy hay una comida con gente de la empresa de James —volteé los ojos.

—Lo sé —sonrió—. Viene un primo mío que es un socio de él, fue el que me consiguió este trabajo.

—Vaya, me sorprende... —dije algo sorprendida.

—Estás pensando que, por qué no me consiguió algo mejor, ¿verdad?

—Pues sí, la verdad... —dije sin engañarla.

—Un día le contaré toda la historia, no podía ir a un sitio mejor, que estar interna aquí— dijo con un guiño.

—Me sorprende— le toqué el hombro arropándola.

—Tranquila, pero usted cuídese.

—Lo haré —sonreí con tristeza.

Sabía que no paraba de mandarme avisos, me quería poner en antecedentes de algo que yo, ya me estaba viendo venir, por lo que, cada vez tenía más claro que saldría de esa.

Fui a prepararme, tenía decidido qué ropa ponerme, al no ser algo formal escogí un vestido blanco de gasa con una bonita caída, a media manga.

Total, tampoco quería impresionar a mi marido. A partir de ahora, cuanto menos se fijara en mí, mejor.

James apareció un rato después, me besó en la mejilla y le sonreí falsamente, se cambió y me

ofreció su brazo para bajar, ya estaban ahí los invitados.

¿Sabéis esa sensación que se tiene cuando dos personas se ven por primera vez y estallan todas las chispas que alteran tu corazón?

Pues yo, con James no la tuve, ni la conocía hasta que mi mirada se cruzó con la suya. Un hombre guapísimo con ojos color miel y rubio, con una planta impresionante y una sonrisa que era capaz de cautivar a cualquier persona.

—Cariño, él es Henry, uno de los socios mayoritarios de la empresa —le señaló con la mano—. Henry, ella es Tessa, mi mujer.

—Sí, la conocí en la boda —dijo mientras me daba la mano—. No tuve el gusto de saludarla, pero me alegra hacerlo ahora —me miraba con seguridad, pero sus ojos habían transmitido algo muy similar a los míos.

Fuimos saludando a todo el mundo, pero me había quedado en shock con ese hombre, no se me borran sus ojos de mi mente, eran los más bonitos que había visto en mi vida.

Nos sentamos a la gran mesa que se había preparado en el jardín, para veinte comensales. Notaba que aquel hombre me miraba casi todo el tiempo, durante la comida y yo disimulaba, pero estaba de lo más nerviosa.

No pertenecía a la burguesía, el único contacto con James era laboral. Tenían una sociedad en común, ninguno de los que estaban allí lo eran y eso se notaba.

Todos eran más naturales, más divertidos, menos forzado...

El día de mi boda, no me divertí tanto como en aquella comida, donde las carcajadas y chistes no cesaban.

En uno de los momentos que ya estábamos de pie, tomando una copa, fui a ir al baño y antes de entrar, me encontré a Alba.

—¿Te lo está pasado bien?

—Sí, Alba —afirmé con seguridad.

—Mi primo es Henry, el de la camisa azul —sonrió y por poco, me caigo al suelo.

—¿En serio? —pregunté riendo.

—Sí —rio notando en mi rostro algo fuera de lo normal.

—Me dejas muerta... —negué y entré al baño.

Ese era el primo del que me habló ella, no me lo podía creer, sonreí y suspiré como una cría.

¡Vaya casualidad! Por fin empezaban a pasar cosas interesantes, ¿sería que el destino habría pensado en ponerse de mi parte?

Salí hacia el jardín y vi a lo lejos, como Henry me observaba, me sentía de lo más ruborizada.

Estaba todo el tiempo pendiente a mí, algo me decía que quería hablarme.

Cuando terminó la reunión ya caída la noche, se fueron despidiendo. Henry, se acercó hacia nosotros y me dio la mano y pude sentir como una corriente, recorrió todo mi cuerpo.

Subí a la habitación antes que James, me puse el camisón y me metí en la cama a fantasear con Henry, nunca nadie me había hecho sentir algo así.

Cuando entró él, se cambió, lo escuché lavarse los dientes y se metió en la cama, se agarró a mí por detrás y se quedó dormido, cosa que agradecí, lo último que deseaba era tener relaciones con ese monstruo.

Por la mañana noté sus manos entrar por debajo de mi camisón, no quería ni abrir los ojos, pero él, tenía claro a donde quería llegar...

—Buenos días, Tessa —dijo metiendo sus manos en el interior de mi zona.

—Buenos días —dije secamente.

Me giró para quedar boca arriba y me quitó la braga, volvió a meter sus dedos en mi interior, quedando él, de rodillas entre mis piernas.

—Dime que te gusta —metía sus dedos con fuerza.

—Sí —dije escuetamente haciendo como la que disfrutaba, me iba a volver la número uno, fingiendo.

Comenzó a tocar por fuera mi clítoris para que llegara al orgasmo y claro, fingí uno de película, su cara de satisfacción no tardó en aparecer.

Me penetró haciéndose el machito, con esa cara que daban ganas de abofetearla, pero yo seguí fingiendo, estaba claro que mi carrera debería de haber sido la de actriz.

Tras ese momento nos fuimos a desayunar y allí estaba Diana, como siempre. Esta vez saludó, claro estaba James y ella se corría de la emoción con solo verle. Ya no podían engañarme, lo tenía claro, ojalá se acostara con él, mil veces, así no tendría que ponerme una mano encima.

—Hoy vamos a salir, tengo cosas que hacer y te dejaré en casa de tus padres para que comas con ellos.

—¡Qué sorpresa! —sonreí con falsedad, como no —Estoy deseando verlos —seguí fingiendo.

—Y ellos a ti —acarició mi mano por encima de la mesa.

## Capítulo 5



Llegamos a casa de mis padres y James los saludó afectivamente, mi padre me dio un beso de manera seca y mi madre me abrazó emocionada.

James se fue y quedó en recogerme más tarde, se despidió de mí, con un precioso beso en la mejilla, como si todo fuera perfecto, el muy desgraciado, pero sonreí como si viviera en permanente felicidad.

Me senté en el jardín con mi madre a tomar un té, mi padre se fue a la ciudad a atender unos asuntos.

Me sentí feliz observando aquel bonito entorno en el que se había desarrollado mi niñez y deseé por un momento volver a mi infancia y no tener que enfrentarme a la pesadilla en la que mi vida se acababa de convertir.

—¿Qué tal estos primeros días, hija?

—No sé cómo fueron los tuyos, pero te puedo decir que los míos, están siendo lo peor de mi vida —dije en un arranque de sinceridad, sabiendo que ella no diría nada.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó con cara de asombro.

—Totalmente, aquello es una cárcel y ese hombre es un ogro —comencé a llorar.

—¿Qué te hizo?

—Pues violarme, ¿te parece poco?

Así me sentía, violada, y nada de lo que ella me dijera haría que etiquetara lo que pasó de otro modo.

—Es tú marido... —dijo poniéndose las manos en la boca.

—¡Es un monstruo! —La miré con rencor —Y, si me toma por la fuerza, por muy marido mío que sea, no deja de ser un violador como la copa de un pino.

—Lo siento, hija... —Se le saltaron las lágrimas.

—Mamá, quiero salir de esto, con tu ayuda o sin ella, voy a salir. Si tengo que hacerlo sin tu ayuda, no volveréis a saber nada de mí, esto no se le hace a un hijo —solté todo lo que llevaba dentro.

—Papá no lo aceptará —dijo entre sollozos.

—Papá es igual que él y me da asco tanto uno como el otro.

—Es tú padre... —Lloraba.

—No lo elegí, al igual que no elegí a James. Déjame decirte que estoy en un atolladero y yo no soy la culpable. Sé que me quieres y que sabes que, si no busco mi felicidad, me voy a marchitar como una flor.

—Quiero ayudarte, pero hay que tenerlo todo muy bien planeado.



—Pues hay que pensar rápido, no aguanto allí mucho más —las lágrimas no dejaban de caerme.

—¿Tan malo es?

—Lo peor, es humillante —me secaba las lágrimas con una servilleta.

—No te quiero ver así, hija, pensé que habíamos acertado.

—Además, está con la cocinera, no los ha pillado juntos, pero sí de mil maneras.

—Hija, a veces los hombres...

—¡Mamá! —chillé indignada —No se te ocurra justificar eso, no se te ocurra, no quiero ni pensar que seas igual que ellos. Ya fue demasiado que eligierais por mí y someterme a ese dolor, solo tengo veintiún años y créeme, yo no le haría eso a mis hijos —dije con rabia y tiré el té sin querer.

Mi madre cerró los ojos mientras lloraba.

No tenía dudas de que deseaba ayudarme, pero sabía que la estaba poniendo entre la espada y la pared. Nunca lo hubiera hecho de no ser absolutamente necesario. Era cuestión de vida o muerte. Me iba a dar algo de seguir en aquella casa.

Elisabeth vino y arregló la mesa de nuevo, me miró con tristeza, sabía que algo no iba bien y vernos a las dos llorar, la hizo entrar en cólera.

—Si ese hombre te está haciendo daño, déjalo —soltó, luego miró a mi madre con expresión de reproche y se retiró.

No sabe ella lo que agradecía aquellas palabras de apoyo. Bien se notaba que su pensamiento era otro y que no necesitaba vivir de cara a la galería. Ojalá hubiera nacido en el seno de una familia como la suya.

—Mamá, te lo digo muy en serio... O estas de mi lado, o no me vuelves a ver. Prefiero pedir limosna en la calle —dije apretando la mandíbula.

—Voy a pensar algo...

—Si papá permite esto, créeme que lo destierro de mi vida para siempre.

—No hará falta... —seguía sollozando.

Comimos juntas, mi madre estuvo todo el tiempo en silencio y llorando, cuando llegó James, se tomó un café con nosotras. Fingimos que todo estaba bien, pero, en el fondo, imaginaba que mi madre también se había pasado la vida fingiendo, así que no fue difícil hacer teatro.

—Entonces, ya me dijo mi hija que todo va bien en palacio...

—Sí, tranquilo, muy tranquilo —sonreía orgulloso, el muy desgraciado.

—Me alegra, a ver si voy pronto por allí.

—Claro, sabes que eres bienvenida a nuestro hogar —sonrió y a mí, me llevaban los diablos.

Cuando nos despedimos mi madre me dio un abrazo y me dijo algo en el oído que me tranquilizó.

—Estoy de tu lado —luego besó mi mejilla.

No me había equivocado con ella. Me adoraba y no iba a hacer de mí una desdichada para siempre. Saber que tenía su apoyo me ayudó a encarar los siguientes días y acontecimientos. Ya no estaba sola con mis pensamientos.

Volvíamos a palacio, permanecimos todo el camino en silencio, solo abrió la boca para preguntarme que tal el día y, como siempre, le mentí...

—Tranquilo, mi madre me contó un poco sobre el día a día de la casa, nada nuevo, hace muy poco tiempo que me fui de allí.

—Pero te echa de menos...

—Claro —sonreí fingiendo.

Llegamos a palacio y me dejó allí, él volvió a marcharse para recoger algo cerca de la casa.

Le pedí a Diana que trajera un café, me lo quería tomar en el jardín.

Un rato después apareció Alba.

—Henry estuvo aquí, vino con la excusa de traer unas botellas de regalo a James —dijo mientras yo me ruborizaba —. Me dejó un mensaje para ti.

—No entiendo... —Estaba asombrada.

—Qué esos ojos tristes, no los quiere volver a ver así, que una mujer como tú, debe tener a su lado un hombre que la haga feliz, no de otra manera.

—Y, ¿por qué llegó a esa conclusión?

—Tessa, se te nota triste, no se te ve feliz al lado de ese hombre y mi primo sabe cómo es él, ahora no te puedo contar nada, pero un día lo haré. Henry se quedó impresionado contigo y me dio ese mensaje.

—Gracias —aguanté de llorar.

La emoción me embargó hasta la médula. Había escuchado hablar muchas veces de esas mariposas en el estómago que se sienten cuando alguien te gusta y, no había duda de que debían ser justo las que yo estaba sintiendo por Henry.

Me había quedado en shock, jamás pensé que ese hombre de mirada hipnótica, fuera capaz de mandarme un mensaje de ese tipo, ahora sí que me daban ganas de llorar y gritar a los cuatro vientos, que era una desgraciada.

Me quedé allí un buen rato, las ideas se amontonaban en mi cabeza, era como si quisiera salir de allí y a la vez, irme plantándole cara a ese hombre.

El haberme sincerado con mi madre me daba un poco de luz y esperanza a que hiciera algo por sacarme de aquella situación. Me daba igual todo, ser el matrimonio más corto de la historia, las habladurías por nuestra conexión con la casa real, me importaba muy poco.

Mas tarde apareció James, lo vi a lo lejos bajar del coche sonriente, como pensando en algo que le provocaba esa sonrisa, a mí me ponía mala con solo verlo, lo detestaba.

No podía con él, no podía y yo, aunque pasara un milagro y cambiara, no lo quería en mi vida, el simple hecho de cómo me trató y lo que me hizo, para mí dejó de ser un hombre y tener valor. A una mujer no se la trata así, a ninguna persona, fuera del sexo que fuese se la respetaba, en caso contrario, eres un ogro, como James.

—¿Tomando aire? —preguntó al acercarse a mí.

—Sí, se está genial.

—Bueno, si quieres ordeno la cena y comemos aquí.

—Como quieras, antes iré a darme un baño.

—Claro —me miró arqueando la ceja, agarró mi barbilla y me besó.

Entré en la casa y me fui a la habitación, él fue hacia la cocina, tenía claro que lo de ordenar la cena, era una excusa para ir a ver a Diana, no era tonta, por mucho que él pensara que sí, o me quisiera tratar como tal.

Me di un placentero baño, no podía quitarme de la cabeza a Henry, fantaseé un poco jugueteando con el agua, sonriendo al recordar esos ojos miel que desataban mis más perversos pensamientos, hasta que llegó James, que me los cortó de golpe y ya se me quitaron las ganas hasta de pensar, con solo verlo.

—Estás apetecible —dijo mirando mi cuerpo.

—Gracias —sonreí con falsedad y salí de la bañera. Envolví la toalla sobre mi cuerpo.

¡Cáspita! A partir de ahora me bañaría cuando él no estuviera en casa. No quería incitarle ni lo más mínimo a que pusiera sus sucias y repugnantes manos sobre mí. Solo lo justo e imprescindible, cuando de verdad no pudiera zafarme.

—Tengo que comentarte algo —se pegó tras de mí, apretando su miembro entre mis nalgas y agarrando mis caderas con sus manos, por debajo de la corta toalla—. El sábado hay una comida de amigos en casa de Henry —apretó más mis caderas, su tono era de excitación y a mí fue decir ese nombre y el corazón me dio un vuelco.

—Está bien —dije en tono de sumisión.

—Nos lo pasaremos bien, así haces un poco más de vida social —me inclinó hacia delante y me apoyó sobre el mueble de los lavamanos.

Noté como se quitaba el pantalón y contuve el aire, volvió a agarrarme por las caderas, separándome las piernas y me penetró con fuerza...

Apretaba mis nalgas con sus dedos, causándome dolor y dándome algún que otro azote, sentía que tenía que hacer algo, me sentía obligada hacer cosas que no deberían de ser así.

Cuando terminó soltó un gemido que me dio asco, no entendía cómo podía disfrutar de esa manera, pero bueno, que lo hiciera, quedaba muy poco para que no volviera ponerme una mano encima.

—Buena chica —dijo en tono deleznable— Solo le faltó lanzarme un hueso para que lo cogiera en el aire. Me sentí pisoteada y vapuleada y me juré que no permitiría que aquello pasara muchas veces más...

Se apartó, se terminó de desnudar y se metió en el baño. Yo me volví a lavar en el lavabo y salí de allí, solo con tenerlo frente a mí, me enervaba.

Y el sábado a comer a casa de Henry...

Me vestí, James también un rato después, bajamos a cenar y claro, su señora madre ya estaba ahí, la primera.

—James, me voy unos días al palacio de los Parlen, mañana saldré temprano.

—Claro, madre, sabía que pronto irías, te gusta ir en esta época de verano.

—Necesito desconectar —dijo en tono brusco y apático, con esa cara que se le ponía de cerdo enfermo, aunque no sé de qué tenía que desconectar.

—Por supuesto... —dijo James sonriente.

A mí, que se fuera, me daba una alegría impresionante, no me puse a tocar las palmas porque sabía que iba a liarla, pero ganas no me faltaban.

—Tessa, deberías ponerte a hacer algo todos los días, eres muy joven para estar todo el día sin hacer nada— dijo con desprecio y me enervé.

—Claro, yo iría a la universidad, que fue lo que me faltó por hacer y me sacaría una carrera —dije con ironía y con una sonrisa fingida. Sabía que no me iban a aceptar eso.

—¡No tienes necesidad de eso! —dijo James, muy enfadado.

—Pues entonces, solo se me ocurre hacer las labores de palacio y unirme al equipo del servicio —me encogí de hombros. Sabía que eso le iba a enfurecer.

—No naciste para eso —dijo Margarita en tono seco, como siempre.

—Pues vosotros me diréis que hago...

—Podrías ponerte a estudiar idiomas aquí, sabes que tenemos relaciones con las burguesías de otros países —dijo James.

—Si me facilitáis el material, estaré encantada —sonreí con ironía.

—Lo tendrás —respondió mirándome desafiante.

Terminamos de cenar y la primera en irse fue Margarita, luego nosotros, la cara de James era de descontento, pero es que me decían cada cosa que me sacaban de quicio. Estaban hechos el uno para el otro y lancé una mirada malvada pensando en aquello de que “dichosa la ramita que al tronco sale” ...

Llegamos a la habitación y cogí el camisón para ir al baño a cambiarme, no quería hacerlo antes sus ojos. Había llegado un momento en el que lo único que ansiaba era volverme transparente para él...

—Te cambias aquí —dijo frenándose con su mano.

—Iba a...

—Cámbiate aquí —me interrumpió.

Conté hasta diez interiormente, me cambié ante sus ojos, esos que estaban llenos de veneno, esos que lo hacían ser un ser deleznable.

Me metí en la cama con una sensación de asco increíble, la misma que llevaba todo el día en el cuerpo. Únicamente me faltó vomitarle encima, cosa que no descartaba, como el panorama siguiera así...

Se acostó y apagó la luz, se giró y en un santiamén ya lo tenía ahí roncando, hasta para eso era molesto. Estaba claro que aquel tío estaba en el mundo porque tiene que haber de todo...

Por la mañana lo oí salir del dormitorio, ni hice ruido, para mí era un alivio que se fuera, me quedé allí pensando en Henry, ya faltaba menos para verlo, en el fondo, me alegraba tenerlo cerca, me causaba una felicidad infinita.

Me asomé por la ventana un rato después y vi cómo se iba Margarita, me puse a saltar emocionada tocando las palmas.

Suspiré aliviada y pensé que, lejos de la influencia de su mala onda, incluso podría pensar con mayor tranquilidad mi plan.

Bajé a desayunar y me senté en el jardín, Diana me trajo el desayuno y un rato después apareció James.

Nos pusimos a desayunar mientras James, me contaba sus planes para ese día, vamos, que se iba de palacio y yo me quedaba de lo más tranquila.

—Bueno, me voy —dijo el último trago a su segundo café y se levantó —besó mi mejilla—. Luego a la noche nos vemos, espero que no estés dormida entonces.

Que no esté dormida...

Más temprano que nunca me acostaría ese día, con tal de no verle la cara, me acostaría a las seis de la tarde si hiciera falta.

A la hora de la comida lo hice sola en el jardín, Diana me lo trajo todo y yo, estaba de lengua suelta.

—Diana, una cosita, haz el favor de cuando me veas, al menos fingiendo, intentes quitar esa cara que realmente molesta —dije con chulería, pero ya estaba harta de las suyas.

Había llegado el momento de quitarme la careta con ella y lo disfruté, como esas venganzas que dicen que se sirven frías...

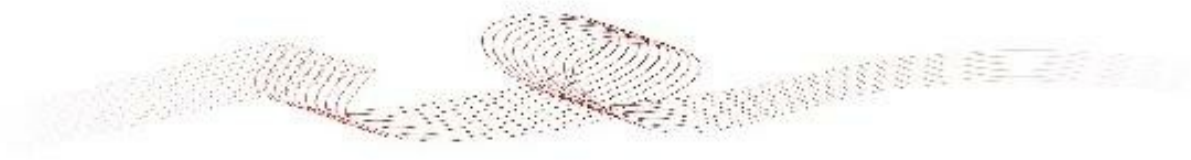
—Mi trabajo es servir, no agradarle, usted dedíquese a cuidar a su marido —dijo en tono atacante.

—Eso mejor lo haces tú, el prefiere las sobras —sonreí con chulería.

Se giró y se fue, sabía que le habría gustado contestarme a eso, pero no, no se la podía jugar de esa manera, se tenía que comer su secreto, ese que se sabía a voces. Era evidente que Diana, era la otra de James.

Por la noche cené temprano, un sándwich y me fui a la cama, ni sentí llegar a James, era de lo mejor que me podía pasar.

## Capítulo 6



Los días fueron transcurriendo con normalidad, James pasaba todo el día fuera de palacio y yo allí, matando el tiempo y teniendo una guerra de miradas con Diana.

Me había acordado mucho de Henry, ese día lo vería, era sábado, James ya estaba desayunando en el jardín y bajé para hacerlo yo.

—Buenos días, Tessa —dijo sonriente. Esa sonrisa de saber que su día sería con una copa de vino en las manos y relajado entre amigos.

—Buenos días, James —besé su mejilla.

—¿Qué tal dormiste?

—Bien —sonreí, como sí a él le importara...

—Había pensado que esta semana, salgamos de compras y a comer por la ciudad.

—Claro, me parece una idea genial —sonreí.

El desayuno lo pasé como siempre, escuchando sus cosas, era él, siempre él y nada más que él, se idolatraba a sí mismo continuamente.

Más tarde nos montamos en el coche y nos dirigimos a casa de Henry.

Vivía en una buena zona de Londres, era bonita, con un bonito jardín delantero y uno amplio detrás, aunque nada que ver con palacio, aquello era más acogedor, sin tanta ostentación.

Henry clavó sus ojos en mis pupilas cuando me dio la mano, no me derretí de milagro, pero no me faltó mucho.

Había una chica allí, Sarah, prometida de otro de los socios, Karl, era muy simpática y congeniamos muy bien, nos pusimos a charlar amigablemente, aunque de mi mente no se quitaban las miradas fugaces que me echaba Henry y las que yo intentaba evitar para no llamar la atención de mi marido.

James, se acercó a nosotras que estábamos apartadas a un lado, tomando un vino.

—Sarah, cuando quieras puedes ir a palacio a pasar el día con Tessa —dijo haciéndose el simpático, pero me pareció una idea genial para matar alguno de esos días muertos que pasaba en la más estricta soledad.

—Claro, un día de estos voy —dijo feliz.

—A mí me parece una idea fantástica y te tomo la palabra. Sé que estarás muy liada preparando todo lo relativo a tu enlace, pero te agradecería mucho una visita. E incluso me ofrezco a ayudarte en lo que necesites—dije, con el ánimo de matar las horas.

Estuvo cinco minutos haciéndose el amable con nosotras y luego volvió con los chicos.

—Iré —me hizo un guiño que yo entendí como con doblez—. No te preocupes de nada —acarició mi mano. Lo dijo en voz baja ¿Sabría algo de lo que me pasaba? No era posible, quise

quitarme eso de la cabeza y lo terminé entendiendo como que no estaba sola, al ser reciente mi matrimonio quizás me vio así.

—Gracias, me hará mucha ilusión que vayas —sonreí.

Me sentía de lo más cómoda en esa preciosa casa, con ese jardín coqueto, sin amplitud, pero perfecto para estar allí, además, en una zona de lo más transitada, me imaginé viviendo allí con ese hombre, que era el causante de mis suspiros.

El día pasó volando y la mirada de Henry al despedirse, me dejó comiéndome la cabeza, parecía que me quisiera decir algo. Aquello me dejó inquieta toda la noche, no podía coger el sueño, James estaba por palacio y yo, estaba pensando en otro hombre, lo que hiciera él, me daba igual.

El domingo no salimos de palacio y mis padres vinieron a comer. Ver a mi madre me tranquilizó mucho.

—Hija, ¿cómo sigues? —preguntó en un momento que mi padre y James, hablaban de sus cosas al otro lado del jardín.

—Pues loca por salir de aquí, no lo aguanto —respondí con tristeza.

—Hija, estoy preocupada e intentando buscar la forma de que puedas hacerlo —sus palabras eran de dolor.

—Pues piensa rápido, si lo hago yo, sabes donde iré y es cuando me perderéis para siempre, papá no me lo perdonaría.

—Lo he pensado...

—Sabes que soy capaz —la miré segura.

—Si vas con los tíos de Edimburgo, papá enfurecerá —era un hermano de mi padre que se casó con una profesora y se desligó de esta vida, nadie aprobó lo que hizo y tampoco le hablaban, pero conmigo tenía pasión.

—Lo haré, si no salgo de aquí lo haré. Estoy desesperada y me voy a agarrar a un clavo ardiendo si hace falta. No necesito la aprobación de papá. Lo único que necesito es oxígeno...

Cortamos la conversación cuando vinieron hacia nosotras, estuvieron un rato más después de comer y luego nos despedimos.

Me dio mucha pena ver salir de allí a mi madre, pero ya sabía que ahora mi vida estaba lejos de su ala y protección.

—Mañana pasaré el día fuera, pero hablé con Karl, que es con quien tengo que arreglar unos asuntos y dejará aquí a Sarah, para que pase el día contigo —dijo acariciando mi mejilla.

—Gracias, eso me entretendrá un poco —lo abracé fingiendo agradecimiento.

—Me tendrás que compensar —sonrió jalando mi mano y llevándome al dormitorio.

Eso era lo que peor me ponía, tener que acostarme con él, complacerlo ante algo que no me proporcionaba el más mínimo placer y donde tenía que fingir sentirme completamente satisfecha.

## Capítulo 7

Esa mañana estaba feliz de poder estar con Sarah a solas, sin ninguna oreja ni vista puesta en nosotras, algo me decía que todo sería diferente.

Tenía una necesidad extrema de contar con alguna aliada más, aparte de Alba y mi madre, y ansiaba que fuera ella.

Desayuné en la cocina, la cara de Diana era un poema, como si le hubiera pasado algo, la sentí suspirar en varias ocasiones.

Ella se ponía a fregar todo o, a cocinar de espaldas, yo la observaba, se le notaba muy triste, muy agobiada...

De haber sido cualquier otra persona le habría preguntado, pero a Diana, ¿si debía ser el bicho que picó al tren, con esa pinta de mosquita muerta!

James estaba en su despacho y bajó cuando llegaron Karl y Sarah, así que los saludamos y más tarde, ellos se fueron.

Miré feliz a Sarah, la agarré por el brazo y fuimos a sentarnos a la mesa de la terraza, donde le pedí a Diana que nos trajera un té, por la cara de Diana y de Sarah, como que no se gustaban la una a la otra, me dio esa sensación de primeras.

—¿Cómo estás? —preguntó acariciando mi mano.

—Bueno, ya sabes cómo es la vida aquí —sonreí —, sobrellevando los largos días —dije sincerándome.

—La vida ahí afuera es una maravilla y la libertad también. Tessa, eres muy joven para esto —volvió a acariciar mi mano sobre la mesa.

—Es la decisión de James y de mi familia —me encogí de hombros con tristeza.

—No eres feliz y yo tampoco lo sería, todos sabemos cómo es James y también sabemos que lo estás pasando mal, aquí dentro tenemos contactos —dijo con ternura y pensé en Alba.

—No puedo hablar —se me saltaron las lágrimas.

—Lo sé, pero puedes confiar en mí, no somos amigos de él, no puedo contarte todo, pero aquí solo hay interés y Henry, odia a James mucho más que tú, todo esto va a terminar en breve.

—No entiendo—dije, notando como si Sarah estuviera encendiendo una bombilla que me ayudara a ver mejor todo lo que me rodeaba.

—Los negocios que tienen entre ellos, el primero en salirse es Henry que es el que me pidió que te arrojara, se quedó prendado desde el día de tu boda y James le hizo comentarios muy feos. Queremos ayudarte.



—¿A mí, por qué?

—En algún momento lo entenderás.

—Vivo a base de aceptación y normas, no tengo donde ir, me cerrarían muchas puertas si mi padre o James, levantara un teléfono, no tengo nada.

—Eres una persona, no eres esclava de nadie, no tienes por qué estar con alguien que no amas y que no te trata como te mereces y que paga contigo, no haber podido casarse con Diana, por no pertenecer a vuestra clase social —dijo clavando un puñal en mi sien, era un secreto a voces y él, tenía al tanto de su hombría a sus compañeros.

—No estarás sola, que te quede eso claro.

La miré con lágrimas en los ojos y ella, me las secó con sus dedos.

—No sé qué hacer, pero no quiero esta vida, mi padre no lo entiende, solo se ve en condición de imponerme lo que él cree que es lo mejor para mantener un status —dije sollozando.

—¡No debes tener esta vida y menos impuesta por unos padres que son los que te deben de proteger, no lo mereces! —dijo con rabia.

—No aceptarían un divorcio fácilmente, eso es una deshonra.

—Deshonra lo que hicieron contigo, eso... —se quedó callada cuando se acercó Diana.

Estuve hablando todo el tiempo con ella, de la vida en la ciudad, de todo lo que disfrutaban ahí fuera, todos menos yo, que vivía entre cuatro paredes y aislada del mundo.

Sarah había llegado a mi vida como un soplo de aire fresco y yo quería exprimir los minutos con ella.

Ella no podía hablarme más claro por ahora, pero entendí muchas cosas, que ese círculo que tenía de negocios, eran todo conveniencias y que no respetaban mucho a James, pero ese hombre no se merecía otra cosa.

Por la tarde llegaron ellos y ya me tuve que despedir de Sarah, quedamos en vernos en breve, aunque sí me quedé con un claro mensaje... Me tenía que preparar para salir pronto de palacio.

James se había adelantado y al entrar yo, lo oí hablar con Diana en la cocina, me paré tras la puerta, en silencio y pegué la oreja a ver si podía entender que decían.

—No la aguanto, simplemente no la aguanto... —dijo Diana, entendiendo que lo decía por mí.

—Sabes que tuve que hacerlo, no había otra salida, en mi vida me hubiera casado con ella, yo te quiero a ti, pero no tenía elección —decía James, enfadado.

Yo te quiero a ti...

Esas palabras me causaron un asco increíble, pasé por el pasillo sin hacer ruido y me fui hacia el dormitorio.

Y si tanto la quería... ¿Por qué no se casó con ella, aunque no perteneciera a la burguesía? Esas eran las cosas que no entendía, ni por qué tenía que estar ahí, haciendo el papel de su señora ante la sociedad, me daba un repudio impresionante.

¡Vaya mierda de sociedad y de valores! Cada minuto que pasaba en aquella casa, comenzaba a pesarme como una losa.

Me limpié las lágrimas y me cambié, James no tardó en llegar, era escuchar esa puerta abrirse y me descomponía.

Pensar que venía con ganas de jarana me ponía totalmente enferma y no siempre podía librarme.

—Me duele la cabeza y me siento con mal cuerpo hoy —dije metiéndome en el papel y echándome en la cama acurrucada.

—¿Quieres que llame al doctor?

—No, supongo que necesito descansar, dormir bien y seguro que se me pasa.

—Vale, estaré por la casa, luego vuelvo, descansa.

—Claro —sonreí aliviada y pensé en cada ocasión que me librara de estar con él, como un tormento menos por el que tendría que pasar.

Venga que se fuera con ella, me dejara en paz, objetivo conseguido, no quería tenerlo al lado me parecía un ser asqueroso. Ya se podían ir los dos con viento fresco a retozar al lugar que les viniera en gana y a mí que me dejaran en la cama, tranquila y confortable, pensando en Henry.

Por la mañana desperté y no estaba a mi lado, creo que era el único británico que se levantaba tan temprano, pero lo peor es que ni siquiera supe si había dormido a mi lado, o en la habitación de Diana, quién sabe...

Salí al jardín y por los pasillos me encontré a James.

—Buenos días, ¿mejor de ese dolor de cabeza? —Acarició mi mejilla.

—Buenos días, sí, un poco mejor —sonreí.

—¿Desayunamos en el jardín?

—Claro...

Salimos afuera y nos sentamos, Diana no tardó en llegar con el desayuno, James miraba hacia abajo y ella tenía cara de pocos amigos.

—Esa chica vive en una eterna amargura, su rostro da mucha negatividad —dije cuando se marchó.

—Ella no tiene una vida fácil como nosotros.

—Ni Alba y siempre va con una sonrisa. Por cierto, querría salir mañana a la ciudad, quiero comprar algunas cosas, pasear un poco y tomar el aire.

—Mañana tengo un día liado.

—Bueno, puedo ir sola.

—Mejor que te acompañe Alba, lo veo bien, sí, pero no quiero que vayas sola —dijo en un intento de control que le iba a salir el tiro mal, pues no podría poner a una persona más perfecta que ella, para venir conmigo.

—Claro, James, por supuesto, así no me sentiré sola —dije asintiendo totalmente, para que se sintiera bien, pero mejor me sentía yo.

El domingo lo pasé en el jardín leyendo un libro, estaba tan enganchada, que pasaron las horas y horas y se me pasó el día.

Era una lectora empedernida, sobre todo de novela romántica y en ese momento, tiempo era lo que tenía para dar y regalar, así que podía entregarme a aquella pasión.

James se perdió todo el día por dentro de la casa <<estaría buscando la aguja en el pajar>>, pensé con ironía.

Esa noche me buscó para hacerlo, ese hombre era incansable, era deleznable, era un perturbador, me daba asco tenerlo dentro de mí y encima tener que fingir...

Por la mañana no se había ido como otros días, desayunamos juntos y entonces nos llevó a mí y a Alba, al centro de la ciudad, por la tarde regresaríamos en taxi.

—Adiós, patético adiós —dije cuando se alejaba con el coche.

—¡Sí! —Me abrazó y luego tiró de mí a una cabina, ante mi asombro llamó a Henry y le dijo que estábamos en la ciudad.

—Estás loca —reí.

—Calla, vamos que nos recogerá en la otra calle.

—Y, ¿dónde vamos? —pregunté riendo.

—A su casa, nos vamos con él, a comer a su casa —reía.

Me encantaba esa locura, poder hablar sin tener cerca a James, poder hacer una trastada, las que cualquier joven de mi edad que a mi edad hacía.

Me sentí como pez en el agua y logré apartar por unas horas todos mis pensamientos negativos.

Nos pusimos en la puerta de una cafetería a esperarlo y no tardó en llegar, subimos al coche y nos saludó feliz, yo iba delante junto a él.

Estaba muy nerviosa, pero feliz, muy feliz, era un momento para mí, de desconexión total y de descubrir un poco más a Alba y a Henry, sin la mirada de nadie.

Llegamos a su casa, en la cual ya había estado, Alba decidió meterse en la cocina para preparar comida para los tres y yo me fui al jardín con Henry, a tomar una copa de vino.

Lo hizo a propósito y nosotros se lo agradecemos de corazón.

—Me alegra que estés aquí —dijo sonriente —¿Cómo estás? —su sonrisa transmitía algo precioso, que no había visto antes en un hombre.

—Bueno, hoy estoy feliz de salir de aquella jaula —sonreí y di un trago a la copa.

—Tessa, no debiste caer en esa casa jamás, no debiste...

—Ya, pero...

—Tú padre y él, son de la misma manera de ser.

—Lo sé... —dije con tristeza.

—No sabes la rabia que me daba escuchar a James hablar sobre ti y como tu padre te había vendido como moneda de cambio para mantener una parte de la empresa que tiene con James, de las tantas que tiene. James ama a Diana, pero por su posición no podían casarse, tú padre lo sabía y no obstante se ofreció para que tú ocuparas ese papel con James, de cara a la sociedad.

—No me lo puedo creer... —Me cayó una lágrima.

—Yo lo sabía todo, pero cuando te vi el día de la boda, me quedé asombrado, me impactaste, me llegaste al alma y me dije a mi mismo, que sabrías la verdad y si estabas dispuesta a salir de allí, pondría los medios a tu alcance.

—No tengo nada para poder salir, como mucho, irme a Edimburgo con un tío, que se distanció de la familia al casarse con alguien que no tenía sangre noble.

—Estoy dispuesto a ayudarte, Tessa —cogió mi mano por encima de la mesa y un cosquilleo recorrió mi estómago.

—Te puedes meter en un problema... —dije negando con la cabeza.

—Tengo a tu marido cogido por los huevos y lo puedo destruir ante los ojos del mundo —dijo con seguridad.

—Pero no aceptará que me divorcie, no lo aceptará.

—Quiero un mundo contigo —dijo ante mi asombro.

—Henry, tú no perteneces a mi mundo —se me escaparon unas lágrimas y no tardó en acercarse a mí y retirarlas con sus dedos.

—Tessa... ¿Dejarías tú mundo por mí?

Un silencio se hizo entre nosotros, me encantaba, lo veía mejor persona, sentí que me enamoraba el alma.

—No quiero causarte problemas... —Sollocé.

—No me lo causarás, pero necesito unos días de tiempo, cerrar una sociedad que tengo con él, que liquidemos y repartamos, luego déjame a mí, yo te diré como hacerlo.

—Mí padre...

—Tú padre no te quiere, te vendió sin importarle tú vida, no me hables de él, por favor y solo

dime que estás dispuesta a que te saque de allí, de donde nunca serás feliz porque él, vive aferrado a la pasión que le arrastra a Diana.

—Tengo mucho miedo —lloraba.

Se levantó, me tomó por los brazos y me abrazó, como nunca nadie lo había hecho, como nunca había sentido un abrazo de esa manera. En aquel momento, quise que el mundo se parara y nos quedáramos así.

Nuestros ojos se quedaron fijos el uno en el otro y se acercó poco a poco, los cerré y me besó. Me besó con cariño, pasión, tacto, con todo lo que un beso debía transmitir, lloré mientras lo hacíamos, me estaba arrancando el alma, me estaba haciendo sentir aquello que siempre había soñado, me estaba enamorando por primera vez en mi vida.

—Dame una semana y te traeré aquí, donde nadie pueda hacerte daño —pellizcaba mi mejilla con cuidado.

Se sentó y me sentó en su regazo, un detalle que James, jamás había tenido, a no ser que fuera para un momento sexual.

Lo miraba embelesada, el tacto que tenía a la hora de agarrarme, de tocarme, era un hombre de verdad, o al menos, eso esperaba, pero si él luchaba, yo iría contra ese mundo de mierda en el que había nacido.

Nos besamos mil veces mientras tomábamos el vino, yo seguía sentada sobre él que me trataba como si fuera una pieza delicada que no quería que se rompiera.

Me sentí inmensamente querida y me entregué a sus brazos y a sus besos como jamás creí que pudiera hacerlo con alguien a quien apenas conocía...

Estuvimos dos horas a solas hasta que Alba, apareció con la comida y ya comimos los tres.

—Alba se vendrá con nosotros cuando salgas de palacio —dijo Henry, sonriente.

—Pues claro, vamos allí no me quedo, ni muerta —soltó muerta de risa.

—¿En serio?

—Estoy como te dije, momentáneamente —me sacó la lengua bromeando.

—Me da miedo todo, pero quiero hacerlo. Chicos, me estáis dando vida por minutos que pasan. ¡Necesito que alguien me pellizque para comprobar que no es un sueño!

—Miedo debe tener él, como se atreva a hacerte algo, lo hundo. Y no es un sueño, no. Es una bonita realidad que además pronto nos va a permitir estar juntos.

—No sé cómo lo haremos —respondí a Henry —, pero haré todo lo que me digáis.

—Yo me encargo de todo y Alba, te irá avisando.

—Vale —sonreí emocionada, me estaban salvando la vida y encima Henry, había enamorado mi corazón.

Tras la comida, Alba volvió a retirarse y Henry y yo, nos quedamos a solas, en ese momento tenía ganas de todo con él, que me despojara de la ropa y de sentirme amada por alguien como Henry.

Nos metimos en el salón de su casa y nos sentamos un rato en el sofá, yo dejada caer mi cabeza en sus piernas, mientras él, masajeaba mi cabello.

No hicimos el amor, aunque no por falta de ganas en ambos. Aun sin decirlo, preferimos posponerlo para un mejor momento: el de mi libertad.

Un rato después nos fuimos, casi se me va la vida al despedirme de él, lloré abrazada como una niña pequeña que se aferra a un último caramelo y él, me abrazaba con fuerzas jurándome que lucharía por mí.

Lo creí, no tenía por qué mentirme. Ni siquiera tenía por qué arriesgarse por mí y lo estaba

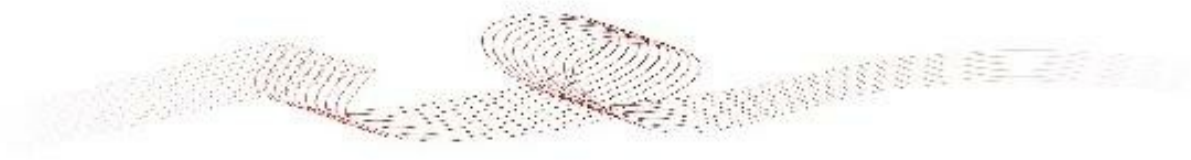
haciendo.

—Alba, no sé cómo saldrá esto, pero gracias por todo —dije abrazándola al salir de casa de Henry.

—Bien, saldrá bien —me dio un abrazo y besó mi mejilla.

Estuvimos un rato de compras y luego cogimos un taxi de vuelta a palacio. Al llegar aún no estaba James y era la hora de la cena, tomé una crema de verduras, me fui a la cama y me puse a leer, hasta quedarme dormida, por suerte él, no llegó antes.

## Capítulo 8



No estaba en la cama cuando desperté...

Toda las imágenes y momentos del día anterior se agolparon en mi cabeza, era como si sintiera la necesidad de que pasaran ya los días y comenzar la vida que yo, necesitaba como persona, como mujer, con pleno derecho.

Llegué a la cocina y ahí estaba Diana, con esa cara de mala baba que llevaba últimamente. Sabía que no me aguantaba, pues la escuché tras la puerta aquel día, así que, tendría que aguantarse, al menos por unos días, si todo salía bien y conseguía marcharme de aquel lugar y dejarle a su amante todo para ella, a ese que no quería ni en pintura.

—Me voy al jardín, hoy quiero un buen desayuno, me he levantado hambrienta —dije con sorna y salí de allí. Ya no estaba sola ante el peligro. Ahora éramos tres personas nadando contra corriente y uniendo fuerzas para alcanzar nuestros sueños.

Ni opción a replica, ni un “está bien”, no la quería oír, lo poco que me hablaba me parecía molesto.

Cuando menos tuviera que escuchar su voz de ingrata, mejor. Nos teníamos la guerra declarada. Ya era un hecho.

James apareció de no sé dónde, ni me importaba, se sentó conmigo. Deseaba por mi propio bien, para despojarme de aquella pesada mochila, que pronto llegara el día en que solo sintiera indiferencia por él, pero de momento era puro odio.

—Hoy tengo cosas que hacer, estamos preparando la liquidación de una de las empresas, la que tengo con Henry, en un futuro haremos otra, pero por ahora, la cerramos. Dejó grandes beneficios y un buen trabajo hecho —me explicaba como si yo entendiera de aquellos trabajos, que no sabía ni de que se trataban.

—Lo que hagas estará bien.

—Gracias —sonrió con la misma falsedad que yo lo hacía.

Diana llegó en silencio y lo puso todo sobre la mesa, yo ese día estaba un poco guerrera y tenía tanto dentro, que aproveché para soltar una.

—Diana, te dije un desayuno completo, no veo el zumo, ni veo las mermeladas ¿Me escuchas cuando te hablo? —pregunté en tono tranquilo, pero atacando.

—Ahora lo traigo —dijo marchándose y aguantando por reventar, cosa que hacía con James, a mis espaldas.

—No deberías...

—James, ¿la vas a defender? A mí no me hace caso, creo que no le pido la luna, solo un buen desayuno, ¿hago mal?

—No —dijo con desgana y dio un sorbo al café.

No tardó en regresar con los zumos y las mermeladas.

—Por cierto, Diana... Como hoy el señor no comerá en la casa y estaré sola, quiero un revuelto de salmón.

—Está bien... —Fue a retirarse.

—¡Ah!, y me haces, por favor, una ensalada con queso.

—Claro.

—Espera, que prisa tienes —negué poniendo los ojos en blanco ante la mirada nerviosa de James —Me gustaría que hicieras unas croquetas de caldo para esta noche— sonreí.

La había escuchado unos días atrás quejarse de que odiaba hacer croquetas, se lo había dicho a Guillermo, el encargado del mantenimiento de los jardines.

—De acuerdo —sonrió sin ganas —¿Ya?

—Sí —sonreí con ironía.

—Sigo pensando que deberías ser más amable...

—James, pero si le sonreí y todo ¿Qué te pasa? —pregunté haciéndome la desentendida.

—Al servicio se le respeta —su tono era seco.

—Y a mí, ¿verdad?

—¡Yo te respeto! —soltó con enfado.

—En alguna ocasión me he sentido humillada —solté jugando el todo al nada.

—Fue por una mala acción tuya.

—¿Y era necesario recibir un castigo?

—Eso no era un castigo, eres mi mujer.

—Pues yo no lo vi así, me hizo mucho daño, el que yo nunca llegaré a hacerle a esa... —me callé y di un mordisco a la tostada.

—No te enfrentes a ella —dijo enfadado, se levantó, cogió su cartera, las llaves y se fue hacia el coche.

El día lo pasé de lo más ancha, eso de haberle causado esa sensación a ella delante de él, me hizo sentir de lo más contenta, más que nada por haberse permitido decir a mis espaldas que no me aguantaba, como si yo tuviera culpa, en vez de pelearse con él, por no haber tenido la valentía de haber luchado por ella, quien que se suponía era el amor de su vida.

Alba, se acercó a mí después de la comida, mientras leía tomando un café.

—Ya se han reunido James y Henry, mañana, por fin, lo liquidan todo. Prepárate que el miércoles, salimos de palacio.

—¿Pasado mañana?

—Sí, diremos que vamos a pasar el día fuera, que tienes que ir a la peluquería, yo cogí cita en una que conozco, así sonará fiable si por casualidad él llama.

—¿Y si dice de acompañarme?

—No lo dirá, el miércoles, por lo visto, va a una reunión importante a dos horas de la ciudad, quédate tranquila. Debes decirle cuando lo veas, que necesitas ir a la peluquería y que me preguntaste a mí, que llamaste para coger cita y te dieron para el miércoles a las diez.

—Espero que salga bien ¿Y mi ropa?

—Tú ropa la recuperaremos lo antes posible, no te preocupes que ya compraremos algo el miércoles, además, yo tengo mucha. Mi vida no es ser sirvienta, trabajo como infiltrada para la empresa de mi primo desde hace tiempo, siempre me encargo de hacer los trabajos que él me manda, por ejemplo, este —sonrió.

—Solo pienso en mi madre...

—Tú madre aguanta porque quiere, pero no te puede obligar a ti. Hazme caso en todo. No puedes sucumbir y convertirte en lo mismo que ella es: la sombra de un tirano. Tú no lo aguantarías, Tessa. Tú tienes una rebelde dentro que implora por salir. Y la maquinaria del rescate ya está en marcha.

—Claro—respondí, pensando que Alba me conocía muy bien para el poco tiempo que habíamos tenido ocasión de compartir. Se notaba que tenía mucha psicología y tela de vida recorrida...

Esa noche James, llegó muy tarde, yo ya estaba durmiendo, me costó coger el sueño con los nervios de saber que saldría de allí, además de las ganas que tenía de ver a Henry.

Por la mañana tampoco estaba James en la cama, pero sí en el desayuno.

—Hablé con Alba, quería una peluquería y ella me la recomendó, tuve el atrevimiento de coger cita para mañana, pero claro, siempre y cuando me des permiso.

—Claro —dijo en tono serio —, te dejaré dinero sobre el aparador, me tengo que ir pronto. No vayas sola, ve con ella, en taxi.

—Vale —le besé la mejilla haciendo mi papel.

Tras el desayuno se marchó, me fui a buscar a Alba y le dije que todo estaba bien.

—Diana, se va a comprar a la ciudad con Guillermo, aprovecha y coge un par de pantalones, faldas, camisetas, ropa interior y dámela, en cuanto se vayan. Un compañero de Henry, vendrá a recoger unas cosas y aprovecharemos para camuflar tu ropa.

—Vale —dije nerviosa, pero muy emocionada.

Me fui a la habitación y tal como se fue Diana, bajé con ropa en una bolsa de basura, fui a buscar a Alba y se la di, junto con objetos que tenía de valor, como joyas.

Ese día lo pasé de lo más nerviosa, incluso vomité en dos ocasiones, lo pasé fatal.

El deseo de que nuestro plan saliera a pedir de boca hacía que estuviera atacada, ¡todo fuera por ser libre!

Por la noche James, llegó a la habitación al verme creyó que dormía y se fue durante mucho tiempo, estaría con Diana, yo tardé en dormirme por culpa de los nervios.



## Capítulo 9



Esa mañana me levanté hecha un flan, salí del dormitorio y oí a James, hablar en la cocina, yo pensaba que ya se había ido.

—Ya tengo liquidado lo de la empresa, meteré en tu cuenta una buena cantidad de dinero —le decía a Diana.

—¡No hace falta! —el tono de ella era de enfado.

—Lo quiero hacer, es la única manera de compensarte por lo que tienes que pasar.

—¡No habrá nada que lo compense! —dijo ella con enfado.

—Pero amor...

—¡Estoy destrozada en vida! —le recriminó ella.

Me eché hacia atrás sigilosamente y di unos fuertes paso como si estuviese llegando y se callaron.

—Buenos días —fui a James y besé con cariño sus labios. Era una manera de despedirme de la forma más hiriente para los dos, después ya lo dejaría libre.

—Buenos días, yo ya desayuné, me voy que tengo una reunión y no llego, esta noche nos vemos —dijo saliendo de la cocina.

—Diana, llévame el desayuno afuera, no tardes que tengo sesión de peluquería —sonreí con falsedad.

Su cara era de perro en celo, pero me daba igual, yo comprendía por lo que estaba pasando, pero a ella la trataban bien y la respetaban en cierto modo, a mí no, yo era el juguete de exposición ante el público para que ellos pudieran seguir alimentando ese amor a puerta cerrada.

Tras el desayuno vino Alba y el taxi, nos subimos y salimos de allí, sabiendo que no había vuelta atrás. Lo que se liaría a partir de ese momento, no lo sabía, pero me daba igual. Quería huir, sobre todo, al lado de Henry, al que ya no había un minuto que consiguiera quitármelo de la cabeza.

Estaba super nerviosa, temblando, ella se dio cuenta y cogió mi mano. Lo agradecí enormemente. Nos estábamos exponiendo mucho y el miedo estaba a flor de piel. Las dos íbamos en el mismo barco. Nos habíamos convertido en compañeras de aventura.

El taxi nos dejó en dirección contraria a donde vivía Henry, nos bajamos, tomamos un café y nos recogió él.

Estaba guapísimo, esa sonrisa me volvía loca.

—Lo has hecho —dijo cuando me subí en el coche y agarró mi mano.

—Sí ¿Qué más me puede pasar?

—Nada, no lo permitiré, nadie te volverá a hacer nada.

—Gracias...

Dejamos a Alba en su casa, tenía un piso precioso en el centro, lo vi y me encantó, ella también enfurecería mucho a James, pero por lo visto, lo tenían todo muy controlado.

Llegamos a casa de Henry y fuimos al salón, abrió una botella de vino, sonriente y brindamos mientras me agarraba por la cintura.

—Quedan días difíciles, pero los superaremos. No sé si esto será para toda la vida, pero lo espero y deseo de corazón —me besó como él, solo sabía hacerlo.

—Tengo miedo, pero más me daba seguir en aquella cárcel.

—De eso me encargo yo, dejé aviso en palacio para que James, me llamase en cuanto llegara.

—¿Qué le vas a decir?

—Que se olvide de ti, o hago público que usó fondos del Gobierno, para temas personales, tengo todas las pruebas —dijo causándome un subidón que nunca había sentido.

—No sé qué decir...

—Sé pondrá furioso, pero también sé que tendrá que aguantarse, es más, le exigiré que, en cuarenta y ocho horas, quiero todas tus cosas aquí, que me las envíe con alguien.

—¿Y si se opone?

—No lo hará, no sabes todo lo que le tengo guardado, no te imaginas la repulsa que me causó lo que fui conociendo de él.

—Es muy mala persona.

—Lo es, egoísta, se cree que por ser conde ya lo es todo, pero para mí no lo es, todo lo que yo tengo es a base de mi trabajo.

—Me encantaría trabajar —sonreí.

—Si es lo que deseas, tengo muchos contactos y podrás hacerlo, no te hará falta, pero si lo necesitas, cuenta con ello —me volvió a besar.

Ahí me demostraba que me daba a valer como mujer, que no me apartaba de mis derechos como lo hizo James y mi propio padre.

Estaba nerviosa por lo que se venía encima, pero, por otro lado, me sentía segura en aquella casa la cual no veía como una cárcel, la sentía la mejor casa del mundo, a pesar de no ser como los palacios en los que estaba acostumbrada a vivir.

Fuimos al dormitorio donde ya estaban colocadas las pocas cosas que le di a Alba, incluso el joyero sobre el aparador y los regalos recibidos a lo largo de mi juventud, desde que cumplí los catorce años. Siempre me agasajaban con grandes joyas de un valor incalculable, esas que cuando me casé, empecé a velas como un salvoconducto, para poder mantenerme un tiempo, si huía de aquel lugar.

Henry preparó la comida y yo lo ayudé, era todo un caballero, además de no borrar la sonrisa de su cara.

Era pura dulzura, pero al mismo tiempo rezumaba hombría y aquella mezcla me estaba volviendo literalmente loca.

Comimos sonrientes y luego tomamos un café justo cuando sonó el teléfono de la casa, empecé a temblar pensando que era James.

—Buenas tardes —dijo Henry y acto seguido, me afirmó con la cabeza que era él.

—Escúchame James, quiero decirte algo que te sorprenderá y no quiero que hables hasta que yo, termine de hacerlo —durante un momento, se hizo un silencio—. Lo de los fondos... Bueno, sabes que fue ilegal lo que hiciste, lo llevaré a la tumba siempre que no desestabilices mi vida y la de Tessa —soltó sin anestesia y contuve el aire—. Quiero que me escuches, claro que tiene que

ver. Me dijiste que era un juguete que te había regalado su padre, pues no, no lo es y no lo será más, no me hagas recordarte lo de los fondos, sé un hombre y quédate con Diana, pero no te acerques a Tessa, o te juro que yo y las dos personas que están preparadas por si me pasa algo, sacarán a la luz conversaciones grabadas. No te estoy amenazando, pero olvídate de ella y dile a alguien de tu servicio que traiga a mi casa antes de cuarenta y ocho horas, las pertenencias de ella —se escuchó un grito del otro lado—. Escucha James, no me hagas recordarte lo que hiciste en otras ocasiones, te tendrías que ir del país si yo hablara, olvídate de esas cuarenta y ocho horas, ya que estás en palacio, quiero todas sus pertenencias a las nueve en la puerta de mi casa. No te quedes nada de Tessa, o que venga en malas condiciones o mañana iré a los periódicos, créeme que lo haré.

Colgó y sonrió.

—Estoy temblado —dije soltando el aire.

—¿Te digo algo? —Me pegó cariñosamente a él.

—Claro...

—Me siento de lo mejor después de hacer esto y ahora, deberías llamar a tus padres y hacer sin miedo lo que acabo de hacer yo, además, guárdate este “as” en la manga: dile que sabes todo lo de la empresa para cubrir el dinero gubernamental que tiene de James, que te han dado todas las pruebas de ello y que no interfiera en tu vida, o harás algo, que seguro no será tan grave como lo que él te hizo y es, dejar que estuvieras con ese monstruo.

—Lo haré encantada —lo abracé llorando y cuando me relaje llamé a palacio.

Los dos pegamos la oreja al teléfono.

—Papá, quiero decirte algo.

—Está bien, dime.

—Me fui de la vida de James y no voy a volver...

—¡No puedes hacer eso! —gritó —¿Dónde estás? Ahora mismo voy por ti.

—No, no vas a venir por mí, él se quedará con su cocinera, Diana, esa de la que tenías conocimiento y tú te quedarás con tu podrida vida, esa donde usas el dinero del Gobierno en beneficio propio y de lo que tengo todas las pruebas —usé eso como me había dicho y había hecho también, Henry.

—¡No puedes hacerlo...! —dijo en tono amenazante.

—Claro que puedo, es más, ya he comenzado una nueva vida, junto a un hombre que elegí yo, con una vida que nada tiene que ver con la que viví a vuestro lado, nací para ser feliz, no para que tú de manera cobarde hiciste, vender a tu hija...

—¿¡Dónde estás!?

—Si te acercas, te arruinaremos la vida, y digo arruinaremos, porque cuento con la ayuda de una gran persona que está deseando desenmascararte a ti y a James. Más vale que cuides a mamá, es la única que me cuidó bien y de verdad.

Colgué y solté de nuevo el aire.

Me senté en el sofá y comencé a llorar, necesitaba soltar todo lo que llevaba dentro.

Esa tarde la pasamos allí. El chofer de James, estaba a la hora que Henry exigió en la puerta, entregándole todas mis pertenencias, tras la cena lo colocamos todo.

—Gracias— lo abracé.

—No hay nada que agradecer, te voy a cuidar y respetar, eres libre de salir cuando quieras, de hacer lo que quieras, no te prohibiré nunca nada, no sería capaz de hacerlo, te quiero libre y feliz.

Lloré abrazada a él, como una niña pequeña, más tarde me duché y me puse un precioso

camisón que nunca había estrenado.

—Me desmayo —bromeó al verme tirándose en la cama.

—No lo hagas —me puse de rodillas sobre él.

Agarró mis caderas con delicadeza y me eché sobre él para besarlo.

—No quiero hacer nada hasta que estés preparada— musitó, en un tono tan sincero que me conmovió y me hizo pensar que era una mujer afortunada donde las hubiera.

—Lo estoy —reí y le mordisqueé el labio.

—¿Segura?

—Deseando...—dije con mi boca lo que mis ojos decían con la mirada. Estaba excitada como jamás pensé que fuera posible.

Se levantó y me dejó sentada encima de él, al borde de la cama, me quitó el camisón y miró mis pechos, los besos con tacto y yo sentí que, por primera vez, se me respetaba y amaba tal como había soñado.

Me tumbó sobre la cama y retiró mi braga quedando expuesta ante aquella limpia mirada que desnudaba mi alma, observando con admiración mi figura y recreándose en mi cuerpo mientras yo, sonreía de modo picaresco.

—Eres digna de admirar —dijo acariciando mi cuerpo.

—Yo sí que te admiro ¿Qué habría hecho sin ti?

—Eso es imposible, estábamos predestinados.

—Abrí mis piernas ante él que permanecía sentado, y yo, sobre su regazo.

Soltó el aire, con la respiración acelerada.

Me acarició entre mis muslos, disfrutando de ello, mientras me miraba con ojos de deseo, sus manos eran como plumas acariciando mi cuerpo, con cuidado, con cariño. Introdujo dos de sus dedos en mi interior y me retorció un poco, soltando un gemido.

—Disfruta —dijo en tono sereno y disfrutando de mi zona que acariciaba en ese intento de ponerme encendida.

Estaba relajada, deseosa de él, de disfrutar de la magia del momento que se estaba forjando por primera vez entre nosotros, en aquella cama que estaba llena de una buena energía, que podía absorber a cada momento.

Me tocó con tranquilidad, disfrutó de ese momento tanto como yo, hasta que me hizo gemir a lo grande de placer cuando llegué a ese orgasmo, tan especial y tan esperado, que daba la sensación de estar acompañado de fuegos artificiales y que él pareció disfrutar tanto como yo. Era un hombre generoso y entregado y eso era algo que le honraba.

Me levanté y lo desnudé sonriendo. Era una felicidad contagiosa, de esas que lo envuelven todo y que te dan la certeza de que, a partir de ese momento, las cosas iban a salir fenomenal. Y eso se respiraba también en la cama.

Me coloqué sobre Henry y me penetró, me agarré abrazada a él, mientras cabalgaba feliz y disfrutaba de aquel momento. Notaba la excitación y el ardor en sus ojos, en su manera de mirarme y de gemir, llegamos al orgasmo juntos.

Nos quedamos abrazados y besando nuestros cuellos y hombros, hasta que salí de él, nos aseamos y nos metimos en la cama abrazados, felices en nuestra primera noche juntos.

## Capítulo 10



Desperté y me dio tristeza no verlo a mi lado, me recordó a James, pero se me quitó de la cabeza rápidamente, cuando le vi aparecer sonriente con la bandeja del desayuno y una flor sobre ella.

Lo besé emocionada y se me saltaron las lágrimas.

—Es lo más bonito que han hecho por mí, en la vida.

—Pues lo haré todos los días —sonrió, dejándolo sobre mis piernas.

—Es precioso, pero todos los días no, prefiero desayunar en tu jardín —sonreí.

—Es más cómodo, sí —sonreía—. Estaba pensando en salir a dar una vuelta y comprar algo de comida.

—Claro, ve.

—No, no, tú vienes conmigo —sonrió.

—Ah vale —me puse las manos en la cara sonriente —Aún pienso que vivo en un encierro. He vivido una pesadilla que quiero olvidar en la que no faltaba ni un ogro ni una bruja, pero no te preocupes que pienso pasar página en cero con dos. Creo que me voy a acostumbrar muy pronto a tus mimos. No será mi culpa si luego los reclamo a todas horas. Me estás malacostumbrando y el que avisa no es traidor...

—No, además olvida eso y no tengas miedo de salir, de ser tú... —acarició mis piernas— En cuanto a lo de los mimos, nada me hará más feliz que complacerte, pequeña.

—Gracias, espero no ser una molestia... —dije con tristeza.

—¿Molestia? Eres todo lo que busqué y no sabes la rabia que sentí al descubrir que te encontré, pero en manos del menos acertado. Había llegado tarde y eso me corroía las entrañas... De todos modos, enseguida pensé que más vale tarde que nunca y que todo tiene remedio menos la muerte, así que motivos no me faltaban para intentarlo. Solo era cuestión de esperar el momento y darle la estocada al canalla de James y la verdad es que no es por dármelas de nada, pero se la he metido hasta el fondo.

—No me lo imaginaba —sonreí con melancolía.

—Te voy a cuidar como nadie lo hizo, te lo prometo. Vas a vivir en una nube, no podré darte un palacio como él, pero te voy a cuidar como a la princesa que para mí eres.

—Y yo a ti —le acaricé el hombro.

Terminamos de desayunar y se llevó la bandeja, me vestí y salimos a pasear de la mano, yo iba temerosa de que alguien nos reconociera, sabían que era la mujer de James, además, aún no estábamos divorciados.

Fuimos al mercado, tomamos café en una plaza, luego un helado por la calle, mientras

volvíamos ¿Se podía ser más feliz? Esto era tenerlo todo, no lo otro. Nadie imaginaba lo que podíamos llegar a sentir algunos, viviendo ese mundo que muchos pensaban que era de ensueño, pero que estaba muy lejos de la realidad.

Preparamos pasta, la cocinaba muy bien, me gustaba ese toque que le daba, después de comer llamaron al timbre de la casa y salió Henry, miré por la ventana y el corazón se me encogió al ver a mi madre.

Sentí un fuerte dolor de estómago pues sabía que sus valores eran muy distintos a los míos, pero también tenía claro que lo único que ella deseaba era mi felicidad.

Le estaba diciendo algo a Henry y él, le señaló hacia dentro, acto seguido cerró la puerta exterior y entraron.

—Mamá... —dije con tristeza al verla, en el fondo, no le quería hacer daño, ella era otra muñeca atrapada en una vida a la que no le veía salida y lo peor de todo, es que se había acostumbrado a ello. ¡Bastante castigo había recibido por no haber sido capaz de tomar una decisión valiente como la mía!

—¡Hija! —Se echó a mis brazos sollozando.

—¿Qué pasa, mamá? Dime algo, por favor. Me estás asustando...

—No quiero que te pongas mal, ni que llores, no quiero que te sientas culpable, tú nos has liberado a las dos. Tu padre se quitó ayer la vida —dijo mientras me abrazaba llorando.

Mis ojos se iban a salir, mi boca no se podía cerrar mientras la abrazaba y miraba a Henry que estaba blanco, con dolor por ese momento, acompañándonos en ese raro momento, donde por un lado me decía que la había liberado, pero por otro, le había arrebatado con mi acto, al amor de su vida.

Por esa razón, la noticia de la muerte de mi padre me sentó como un jarro de agua fría, pero al mismo tiempo me repetía a mí misma que era lo mejor que a mi pobre madre podría haberle pasado. Ella jamás lo hubiera abandonado. Visto así, por fin se vería libre de su yugo y con esa serie de años por delante para disfrutar de la vida como no había tenido ocasión de hacerlo junto a él.

—Lo siento, mamá... —Rompí a llorar de sentir esa sensación.

—No lo sientas, ¿sabes cariño? —miró a Henry, pidiendo permiso para sentarse.

—Por favor... —dijo rápidamente señalando la silla de la cocina —Os prepararé un café —se puso a ello.

—Gracias, Henry —dijo mi madre cariñosamente, cosa que me alegraba —. Cariño —cogió mis manos —, he sufrido mucho, más de lo que imaginas, papá tenía a otra, a Margarita, la madre de James —dijo haciendo que Henry, girara la cabeza para mirarnos y yo me pusiera la mano en la boca —. Si hija, y para más dolor, hizo que te casaras con su hijo. Siempre me amenazó diciendo, que si me iba de palacio te perdería para siempre, por eso nunca me fui, para que no te hiciera nada —lloraba con mucho dolor en su rostro.

—Mamá... —dije mientras lloraba— Esto es inaudito, no llores... Era mi padre, pero también ha sido un ser despiadado. No ha tenido ningún miramiento contigo, que tanto y tanto lo has cuidado... No merece ni una sola de tus lágrimas. Papá no te llegaba ni a la suela del zapato y lo peor es que, como lo sabía, más y más te pisaba para apagar el brillo que desprendes. Para que no lo superaras en nada...

—Espera cariño, quiero que lo sepas todo.

—De acuerdo... —Las lágrimas no dejaban de brotar por mis ojos. Henry nos puso el café y fue a tomarse el suyo afuera, pero mi madre le hizo un gesto, pidiéndole que se sentara.

—Quédate, ya eres parte de mi familia —dijo provocando que llorara más aún.

—Gracias —dijo con emoción en su rostro.

—Yo no quería que se casara con James —dijo mirando a Henry —, no quería, pero me amenazó con hacer algo que le causara mucho dolor a ella —me señaló —y yo tenía miedo, pero no quería —decía mientras lloraba tanto como yo —. Ayer después de tu llamada se quitó la vida, imagino que por no querer enfrentarse a lo que para él, era una deshonra, el ver a su hija con un divorcio de la nobleza y marchándose con alguien del pueblo, su ego lo mataría si tuviera que enfrentarse a todo eso, añadido a la amenaza que le hiciste de contar todo si tomaba represalias. Lo hiciste muy bien, me has liberado de una vida que no era vida, de aguantar lo que ninguna mujer del mundo debería permitir. Yo vengo a apoyaros, dentro de tres horas se entierra a tu padre, con él todos los miedos del pasado, quiero que seáis felices y que tú, hija, me perdones por no haber sabido hacer las cosas.

—No tengo nada que perdonarte, te compadezco y agradezco todo lo que tuviste que pasar por miedo hacia mí, pero ya todo ha acabado.

—Ahora me voy, debo estar en el entierro, al igual que entiendo que tú no quieras estar, no pasa nada, te quiero libre. Hija, sé que eres una buena persona, mi gran orgullo y satisfacción, pero yo voy a ir. Lo enterraré y con él, toda mi vida anterior, venderé el palacio, desde hace tiempo lo quieren los Condes de Sherlon, me compraré algo pequeño en la ciudad y viviré como tú, como una persona normal, me alejaré de la nobleza y todo lo que tenga que ver con ella. Me gustaría que no me apartarais de vuestras vidas.

—Mamá, eso jamás —la abracé —. Iré contigo a enterrar a papá, aunque no tenga ni un bonito recuerdo de él, también dejaré mi antigua vida atrás, no te dejaré sola. Te adoro y quiero pasar ese trago contigo. Junto con él, enterraremos juntas todo lo que representaba y partiremos de cero. Y tú nos tienes a nosotros...

—Le he prohibido a James y a su madre que asistan —acariciaba mi cara —. El coche me espera fuera, nos vemos en el panteón de palacio para darle entierro.

—Vale, mamá ahora voy yo —miré a Henry, con su gesto me dijo que él me llevaría.

La acompañé a la puerta y la abracé. Por una parte, acababa de sentir el mayor alivio de mi vida, aunque era triste sentir aquello ante la muerte de un padre, pero nadie se merecía pasar por lo que nos hizo.

—Cariño, yo estaré presente en el entierro, atrás, pero estaré, donde tú estés en momentos como este, quiero estar, aunque sea apartado a un lado.

—No, no te tienes que apartar, te puedes poner donde quieras —nos abrazamos y acarició mi nuca con cariño, mientras besaba mi cara.

Fuimos a palacio, ya había muchas personas de la realeza, me bajé y adelanté, sabía que Henry, quería estar en un segundo plano y lo respeté. Noté que la noticia de que había abandonado a James debía haberse extendido ya por todo Londres como la pólvora, pues los cuchicheos a mi paso eran continuos, pero yo hice oídos sordos por aquello de que no hay mayor desprecio que no hacer el menor aprecio...

Abracé a madre, saludé a los allí presente y se hizo la ceremonia, luego el entierro, junto a los restos de su familia. No fue plato de buen gusto, pero al menos lo pasamos juntas. Era lo menos que podía hacer por la mujer que me trajo al mundo y que me había criado entre algodones, aunque no hubiese sabido enfrentarse a mi padre. Al fin y al cabo, a ella no la habían educado para eso...

Todos se fueron y quedamos mi madre, yo y Henry, nos fuimos a la cocina con Elisabeth, que

no dejaba de abrazarme, nos puso un café.

De nuevo me sentía en casa, pero con una sensación distinta. Ahora solo estábamos los que debíamos estar y nada hacía sombra a la unión que mostrábamos los cuatro en aquella cocina.

—Venderé en estos días esto, sé que será rápido, la mitad es para ti —dijo acariciando mi mano.

—No quiero nada, mamá. Disfrútalo tú. Henry y yo tenemos toda la vida por delante para ganar dinero. Además, no necesitamos lujos. Somos felices el uno con el otro.

—Te pertenece, al igual que el dinero de papá, para las dos. No se hable más. Aunque no tengo ninguna duda de lo que me estás diciendo, lo cierto es que a nadie le amarga un dulce, mi niña. Y además ese dinero es tuyo.

—No es así, mamá, yo solo tengo derecho a una parte, la otra es tuya.

—Todo es para las dos ¿Crees que tendremos tiempo de gastar todo? —rio causándome otra risa, la verdad es que solo con lo que recibíamos de palacio, nos daba para comprar una calle de Londres.

—Vale, como quieras, ¡pero que sepas que ni todo el oro del mundo me haría sentir tan bien como ver esa risa tuya!

—Quiero que tengas tu seguro de vida y este lo es. Yo espero antes de un mes estar ya aquí, en una casita o piso de la zona, aquello lo dejaré hasta con los muebles, no quiero nada, ni siquiera la ropa, hasta eso lo compraré nuevo —sonreí con tristeza.

—Haces bien mamá, además, aún eres joven, tienes cuarenta y cinco años, eres preciosa, puedes encontrar el amor de verdad.

—Hija, ahora en lo último que pienso es en eso —rio—. Me voy a la ciudad a vivir con Elisabeth —se miraron sonriendo—, que es a quien únicamente quiero de aquí. Gracias a su lealtad y a tu cariño he podido sobrevivir estos años sin volverme loca. Y por eso os necesito a las dos en mi vida.

Yo sabía que mi madre se la llevaba, era parte de nosotras, la persona que nos arropaba y ayudaba en los malos momentos.

Nunca le faltó una palabra agradable ni un gesto protector y es de bien nacido ser agradecido.

Nos despedimos y quedamos en hablar al día siguiente, ya era tarde y el día había sido intenso, así que volví a casa con Henry, decidimos hablar el próximo día con James, para decirle que había que firmar ya el divorcio.

Nos acostamos abrazados, sabíamos que esto cambiaba mucho las cosas y tiraba a nuestro favor, nos daría una tranquilidad que con mi padre en vida sabíamos que iba a ser duro adquirirla. La balanza no paraba de equilibrarse a nuestro favor. Como bien decía mi amor, estábamos predestinados y parecía que el universo al completo lo sabía y lo apoyaba.

Me sentía fuerte y con ganas de enfrentar esa nueva vida en la que ahora podría disfrutar de mi madre en toda la plenitud. Nunca habíamos podido ni siquiera hablar con tranquilidad sin la mirada de censura de mi padre. Es más, incluso cuando estábamos a solas, teníamos la costumbre de hacerlo en voz baja porque nos parecía que las paredes escuchaban, que él lo controlaba todo...

Le plantaría cara a James si se ponía tonto, me podía denunciar por abandono de hogar, pero con la información que yo poseía, no se iba a atrever más que a agachar la cabeza.

Si algo no tenía aquel hombre era ni un pelo de tonto y sabía que estaba en la punta de la picota. Un movimiento desafortunado por su parte y su vida y su reputación se harían pedazos con un solo chasquido de nuestros dedos. Teníamos la sartén por el mango.



# Capítulo 11



Sus besos hicieron que abriera los ojos, ahí estaba sonriente, el hombre de mi vida...

Me tiré encima de él y comencé a buscarlo, terminamos haciéndolo con una fogosidad increíble, sentirlo dentro de mí era algo tremendo, de lo más excitante, además, tenía un cuerpo que daban ganas de no soltarlo nunca.

Salimos a la terraza a desayunar y luego saldríamos a pasear, pero antes, llamé a James, con la suerte que me lo cogió, estaba en su casa.

—Hola, te llamo para decirte que quiero firmar ya el divorcio —dije sin rodeos.

—Siento lo de tu padre...

—Uy, yo no, déjalo acostado mejor. Pues lo que te decía, quiero firmar los papeles cuanto antes.

—He cambiado —dijo cabizbajo. Provocándome una carcajada.

—Pues si has cambiado, ve a misa y confiésate, no creo que ni Dios te perdone, de todos modos, te estoy siendo directa, no quiero otro tipo de conversación. Prepara los papeles del divorcio, mis abogados estarán esperándolo, así que, ponte en marcha, habla con los tuyos y rápido, hoy en día no tengo paciencia y muchos motivos para joderte la vida. Así que, tienes una semana para que me entregues redactada la sentencia. No quiero nada, solo que no tengamos nada que ver el uno con el otro.

—Lo haré, pero te arrepentirás... Y para entonces ya no tendrá arreglo. Te estoy dando la oportunidad a pesar de que me hayas puesto en evidencia ante Londres entero. Estoy dispuesto a dejarlo pasar por debajo de la puerta...

—Mucho, me arrepentiré mucho de no haberte matado el día que me hiciste lo que me hiciste, de eso me arrepentiré, así que desaparece rápido de mi vida.

Colgué y miré a Henry que sonreía orgulloso de verme en esa actitud. Aquel matrimonio forzado me había hecho madurar en muy poco tiempo y sacado a relucir un carácter que me convertía en una mujer de armas tomar. Y eso a Henry, que no tenía ningún complejo de inferioridad, le complacía.

Nos abrazamos y sentimos que ahora sí, ahora podríamos comenzar una vida en común fuera de aquello que no nos correspondía.

Salimos a pasear, a comprar, a tomar un refresco y comprar vino en un almacén que tenía de importación de los mejores sitios.

Queríamos disfrutar de cada uno de los placeres de la vida al mismo tiempo y comenzamos a hacerlo cuanto antes. Le poníamos pasión a cada detalle y todo lo decidíamos de un modo consensuado.

Al llegar a casa me llamó mi madre, ya había hablado con los condes que querían el palacio, al día siguiente se habían citado en notaria y yo también como heredera tenía que ir.

Me alegraba mucho que hubiera dado ese paso, le daban un mes a partir de la firma, para entregar las llaves.

Había llegado el momento de pasar página definitivamente y yo sentía tanta emoción por mí como por ella.

Comimos con vino, celebrando que dejaba atrás una vida que había causado tanto daño y dolor, en mi madre y en mí.

Reímos, le contamos a Henry mil y una anécdotas de mi infancia y hasta logré que mi madre cantara, algo que hacía muchos años que no sucedía, ensombrecida como estaba por la figura de mi padre.

Ese día estuvimos juntos también, se había tomado un relax laboral un tiempo, la verdad es que tenía mucho dinero ganado de sus empresas y ya se podía tomar todo el tiempo del mundo, era una cabeza brillante para los negocios de inversión, además de empresas de importación de mucho tipo de género.

A la mañana siguiente, mi madre me recogió y fui con ella a la firma de palacio, a la vuelta comeríamos con Henry, que iba a preparar una carne al horno.

Sentía que no había podido poner los ojos en alguien mejor. Mi pareja no paraba de agasajarme con todo tipo de gestos y aquello no tenía precio. Y ahora, parecía cuidar también de mi madre.

La firma salió bien, nos dieron un cheque a cada una con el mismo valor, salimos de allí y su chofer nos llevó al banco donde lo depositamos y de allí, fuimos a casa de Henry a comer.

Aquello suponía tranquilidad para ambas, pero no le dimos mayor importancia. Lo verdaderamente grande era la familia que estábamos forjando entre todos, poniendo cada uno su granito de arena.

Mamá nos contó que, al día siguiente, iba con una inmobiliaria a mirar casas por la ciudad, esperaba encontrar rápido algo ya que ella buscaba algo así, como la casa de Henry o un piso amplio, pero poco más.

Por la noche la acercamos a palacio y saludé a Elisabeth, estaba muy emocionada aún, no dejaba de comerme a besos. La vida comenzaba a sonreírnos a todos por igual y yo estaba que me salía del pellejo.

Estuvimos un rato y nos fuimos Henry y yo. Estábamos muy a gusto con ellas, pero también deseando disfrutar de nuestra recién estrenada intimidad.

Ese día tenía una sensación tan bonita que no me lo podía creer, era como si hubiera aterrizado en otro mundo que no era en el que vivía.

Henry era esa persona que calmaba todo en mí, que me demostraba que el hombre solo era un género que, ante todo, era persona y amaba a las personas, al igual que a la vida. Era todo lo que una mujer debería de tener a su lado, algo que deseaba que le pasara a mi madre.

A la mañana siguiente mientras estábamos desayunando, llamaron mis abogados, podía pasar por su despacho, ya habían mandado el acuerdo y lo veían perfecto, no me lo podía creer. Fuimos directos al bufete, lo firmé ellos se encargarían de todo, no había ni que ir a juicio, al ser de la nobleza nos ahorran ese paso y más, cuando había acuerdo por ambas partes.

Henry y yo, fuimos a un restaurante a celebrarlo, ya estaba separada y el divorcio vendría en poco tiempo, nos daban prioridad.

Nunca me había gustado hacer prevalecer ningún derecho por ostentar un determinado

apellido, pero en aquella ocasión me vino de perlas y, además, con eso no hacíamos daño a nadie.  
Me daba miedo hasta andar, pensaba que no podía ser todo tan bonito, que pasaría algo que truncaría ese momento que estaba viviendo y eso, me daba mucho miedo...

## Capítulo 12

Había transcurrido un mes desde que todo pasó, ya había llegado nuestra sentencia de divorcio definitiva, esa que me daba la mayor alegría de mi vida. ¡Era libre y lo gritaba a los cuatro vientos!

Henry tenía unas oficinas a la que comenzó a ir desde hacía una semana, en turno de mañana, desde ahí gestionaba todo. Un horario muy cómodo que le permitía simultanear el cuidado de su negocio y el de su mujer, como él decía, sabedor de que escuchar aquello me hacía engordar tres kilos.

Mi madre llevaba dos días instalada en la ciudad, en una casa a diez pasos de la nuestra, cosa que nos hizo mucha gracia. Ella estaba cambiada, más guapa, se había quitado diez años de encima. Salíamos juntas de compras, íbamos a la peluquería y yo le sugería que también saliera y entrara con Elisabeth y que no permitieran que el techo de la casa se les cayera encima.

Ese día Henry comía fuera en una reunión y yo había quedado con mi madre en salir a pasear un poco y luego comer en su nueva casa con Elisabeth. Reunión de chicas que me hacía mucha ilusión, vamos que estaba más a gusto que un arbusto.

—Hola —la abracé emocionada al verla.

—Hija, estás preciosa, esos jeans te quedan genial —sonreí mirándome.

—Ayer estuve en la fundación “un niño una sonrisa”.

—Sé cuál es hija, ayudan mucho a los más desfavorecidos.

—Sí, llevé juguetes a los niños del orfanato, caramelos y muchos cuadernos con lápices de colorear, sus caras eran de una gran alegría.

—Que bonito que hagas eso, hija. Tienes un corazón de oro, lo detecté desde que eras una niña y siempre intentabas favorecer a todo aquel que tuviera menos que tú.

—Quiero colaborar con varias fundaciones, hacer cosas que me hagan sentir bien, sobre todo, con los menores.

—Claro, hija, eso te honra —decía mientras andábamos. Te has convertido en una gran mujer. En cuestión de meses has pasado de ser una niña a esto otro que tengo delante y de lo que no puedo sentirme más orgullosa...

—Me causa felicidad sacarles una sonrisa.

—Ayer me enteré de algo, por Sophia, de la familia de los Grutteng, me hablaron de James, dice que está encerrado en su palacio y no sale, que bebe mucho y que no quiere saber del mundo, pero vamos, está mejor así que haciendo daño.

—No me da ni pizca de pena, es más, me alegro que esté allí encerrado, donde me encerró a mí —hice una mueca.

—Claro hija. Yo estoy muy feliz con Henry, lo veo un hombre muy bueno, con unos valores que son difíciles de encontrar hoy en día. Es justo lo que hubiera elegido para ti, de haberlo podido hacer libremente. La vida nos ha favorecido.

—Es el mejor hombre del mundo, me cuida, mima, está pendiente a mí, me pone como prioridad ante todo y me deja ser libre, eso tan necesario para ser feliz y que jamás hubiera podido tener al lado de James. Es muy cierto eso de que cada persona debe perseguir sus sueños. Si me hubiera adaptado a aquella vida, ese hombre y su madre me hubieran maltratado eternamente.

—Mañana cumples veintidós años —dijo mientras nos sentábamos en una terraza a tomar un café. No puedo creer lo rápido que ha pasado el tiempo. Parece que fue ayer cuando te tenía en mi regazo y, ¡mírate ahora!

—Me hago mayor —puse los ojos en blanco.

—No seas tonta, tienes una preciosa edad y estás en tu mejor momento —sonrió feliz. ¡Si yo la pillara...!

—Eso sí, estoy en un momento que no imaginé jamás que pudiera vivir y eso que fui soñadora... Pero todo lo que ha pasado ha superado con creces mis expectativas. Es realmente bonito...

—Y sus padres te adoran —dijo orgullosa.

—Los padres son dos santos caídos del cielo —reí —me ven como la hija que no tuvieron, siempre están pendiente a mí... Me complace contar con su aprobación y cariño. Quiero lo mejor para Henry y él no estaría bien si entre nosotros no hubiera una buena relación.

—Su madre me llama mucho para preguntar, como estoy —dijo con melancolía.

—Sí, me cuenta siempre, las charlas de horas que os pegáis en ese teléfono —reí. Eso es lo que te hace falta mamá, tener amigas. Y a Elisabeth también. Podéis ampliar círculo, hacer actividades, viajes... ¡Vivir la vida como si no hubiera mañana!

Paseamos un rato después del café con nuestras charlas, esas que nunca nos habíamos atrevido a tener tan abiertamente, ahora sentía que tenía una madre, una amiga, alguien con quien desahogarme.

Llegamos a su casa y Elisabeth, tenía la mesa preparada, me comió a besos, como siempre.

Estar en sus brazos me hacía retroceder a mi infancia y su agradable olor era uno de los mejores recuerdos de mis primeros años de vida.

—Es la última vez que os vais sin mí —dijo en plan bromista.

—Te dijimos que vinieras y más de una vez —dijo mi madre, poniendo los ojos en blanco.

—Lo sé, pero quería preparar una buena comida para las tres, hay que celebrar este nuevo hogar, fuera de aquellos muros —dijo indignada, pero con gestos de broma.

Estuve con ella hasta que llegó Henry y se tomó un café, luego nos fuimos.

—Hoy me duele la cabeza muchísimo —dijo entrando en casa y frotándose la frente.

—Te traeré una pastilla, siéntate— le señalé al sofá.

Le preparé un zumo y se la llevé, se quedó ahí tumbado un rato, me daba pena, el pobre era tan servicial conmigo que yo lo quería ser con él, pero no podía hacer otra cosa que darle esa pastilla y zumo para intentar paliar el dolor que sentía.

Me puse a preparar una crema en la cocina y después de estar una hora y pico en el sofá, se levantó y vino con mejor cara.

Me alegró mucho verle cruzar la puerta porque eso significaba que iba pasando el temporal.

—Se me fue —se refería al dolor de cabeza. Me dio un beso.

—Con la cena te sentirás aún mejor —dijo sonriente.

—A tu lado, todo es mucho mejor —apretó mis glúteos mientras me besaba.

Tras la cena nos acostamos, él estaba un poco flojo, ese dolor lo había dejado agotado y con mal cuerpo, me daba mucha pena verlo así.

Por la mañana estaba sonriente y al cien por cien, me encantaba verlo así, era sábado y ese día no trabajaba.

¡Vía libre para hacer lo que nos diera la gana y además en una fecha muy especial!

—Felicidades, preciosa —dijo abrazándome.

—Gracias, amor —me acurruqué en él.

—Vamos a desayunar a la calle —dijo levantándome mientras me hacía cosquillas y yo me liaba a patadas.

Nos vestimos y salimos, era mi mayor regalo él, no me hacía falta nada más, solo permanecer junto a él de la forma que llevaba haciéndolo ese mes. Sin duda, el mejor mes de mi vida, aunque él se encargaba de recordarme a cada momento que cada vez sería más y más intenso...

Desayunamos en una cafetería preciosa, recién inaugurada. Como buena londinense, Londres me cautivaba y no perdía ocasión de recorrer todos sus rincones. Eso sí, nada como hacerlo de la mano de mi amor...

—Estás preciosa —dijo un trago al café, sonriendo.

—Me lo dices todos los días y a todas horas —puse los ojos en blanco —, así que no es nada nuevo, me miras con mucho amor.

—Es lo que siento —arqueó la ceja.

—Si te dijera lo que siento yo... —suspiré.

—Siempre me lo dices —rio devolviéndome lo que antes le había dicho.

—Por cierto, quiero comprar un pastel para la merienda, te invito por mi cumple —solté una carcajada.

—No, hoy me duele la barriga —dijo bromeando.

—¿No quieres que celebremos mi cumple? —pregunté con gesto triste, en plan de broma.

—Esta tarde volvemos a salir —dijo dejando todo a medias, estaba de un misterio...

Tras el desayuno volvimos a casa y al entrar al jardín...

—¡Ohh! —dijo poniéndome las manos en la cara y viéndolo todo precioso, decorado de fiesta y lo mejor de todo, mi madre, Elisabeth y Alba —¿Qué hacéis aquí? —reí negando y mirando a Henry.

—Alguien nos dio la llave —dijo mi madre —y mira todo lo que preparamos —dijo sonriente.

Miré hacia una mesa que estaba llena de regalos con unos preciosos envoltorios y en la mesa principal, la comida muy bien preparada.

—Ahora entiendo que no me dejaras comprar el pastel —besé a Henry y las tres aplaudieron, causándonos una risa.

—Eres muy ansiosa —rio Elisabeth —. La lata que le habrás dado al chico —dijo con la mano bromeando como para darme una colleja —. Anda sentaos, primero comeremos y luego en el café, te daremos tus merecidos regalos.

—Qué pinta tiene todo y que bonito está puesto —me senté mirando la mesa con emoción.

—Se te quiere mucho —dijo Alba, emocionada también.

—A ti te adoro, bendito el día que estabas en aquella cárcel —dije recordando nuestras conversaciones y su apoyo en palacio.

—Hija, esto llegó a palacio hace días, antes de mudarme. Es un regalo para ti, del hermano del difunto— dijo refiriéndose a mi padre y lo del regalo, al hermano de Edimburgo, el que dejó la burguesía y se fue a hacer su vida, el único decente de la familia —, ahora te lo doy.

—Me hace mucha ilusión que lo haya hecho.

—Al saber que ya no está papá pudo actuar libremente. Hablé con él por teléfono y dice que vendrá a vernos un día y que está muy feliz de que hayamos tomado la decisión de apartarnos de todo.

—Tengo ganas de verle —sonreí feliz.

¡La familia no paraba de crecer y las noticias eran inmejorables! Aquella noticia suponía otro gran obsequio en ese día...

Era emocionante ver ahora mi vida, como todo en tan poco tiempo había sido todo como una montaña rusa de la que salimos bien paradas, a pesar de la oscuridad que teníamos en nuestras vidas.

Llegó la hora del café y sacaron un precioso pastel que habían comprado en una pastelería de la zona, tenía una pinta exquisita.

—Quitaos, la primera en darle el regalo soy yo —dijo de forma chulesca, Elisabeth provocando las risas de todos—. Toma cariño, que una es pobre, pero tiene buenos ahorros, más que nada porque no gasto ni bromas —decía con mucha gracia.

—A ver, a ver...— dije sacando una cajita del interior de una bolsa preciosa que me había dado.

—Es el que más te va a gustar —me hizo un guiño.

Lo abrí y me emocioné al verlo. Sin duda me quería mucho y no escatimaba en ocasiones en las que demostrármelo.

—¿Te acordaste? —Se me saltaron las lágrimas al ver aquel colgante de oro sobre una cadena fina, era una llave.

—Hombre, toda tu vida entrando a la cocina y preguntándote mientras enfurecías que donde estaba la llave de tu vida, pues ahí la tienes, ahora más que nunca la tienes en la realidad y en tus manos.

—¡Qué bonito! —me levanté y la abracé muy emocionada —Desde luego, que no se te pasa una. Era única y una parte fundamental de mi vida. Uno de mis grandes pilares y un espejo en el que mirarme.

—Te dije que iba a ser mejor, estos no lo van a poder superar —me hizo un guiño.

—El listón desde luego lo dejaste bien alto. Ahora toca ver cuánto se han estrujado la sesera los demás. ¡Venga, esos regalos!

—Me doy por satisfecha —rio.

—Toma cariño —dijo mi madre, dándome otra bolsa, esta más grande, saqué lo del interior y desprendí el papel.

—¡Mamá! ¿En serio? —No podía creer que me diera un mantón que tenía desde hace más de cincuenta años y que era de su abuela, de los de estar por casa y que tanto cuidó, pero que a mí me encantaba. De color gris claro, con un broche delante, de esos para ponerte un día de invierno frente a la chimenea.

—Nadie mejor que tú, para tenerlo —me abrazó —Y este es uno que ya compré para ti.

—Mamá, con el mantón era suficiente —dije abriendo una cajita que contenía un precioso

reloj —. Es precioso —dije poniéndomelo, era una cucada en plata vieja.

Estaba muy nerviosa, era el mejor cumpleaños de mi vida, no por los regalos, sino por la compañía y la tranquilidad de hacerlo libre. Jamás tuve uno tan bonito, los otros eran fríos y tristes.

—¡Me toca! —gritó Alba, emocionada y aplaudiendo.

—A ver con que me sorprendes... —La besé y cogí su paquete. Lo abrí sonriente mientras la miraba —¡Wow! —me puse la mano en la cara —Es preciosa —dije descubriendo una pulsera de nácar, una verdadera preciosidad que me puse en la otra mano del reloj. Me encanta —la besé con euforia.

—Creo que faltó yo —dijo Henry arqueando la ceja. Mi chico se había quedado para el final, aunque dicen que lo bueno se hace esperar...

—Amor, tu regalo me lo vas a dar luego —dije bromeando de forma sexy y mi madre se puso las manos en la boca sonriendo, las otras dos estaban a carcajadas limpias.

—Bueno, eso tampoco hace falta hablarlo ahora —aguantó la risa —. Toma, espero que te guste.

Abrí el contenido del interior de la bolsa y era una preciosa pashmina, con un tacto increíble, de cuadros en tonos naranjas y marrones, precioso, me encantaba para el otoño, pasear con el puesto por las noches.

Lo abracé emocionada. A modo de metáfora, es como si me hubiera regalado en un paquete una parte de la forma en la que me arropaba cada día.

—Tengo otro regalo —sonrió —no hablo del de por la noche —dijo en mi oído, produciéndome una carcajada al momento —. Es uno que te tengo que dar mañana —levantó la ceja y puso cara de interesante.

—¿Y por qué mañana? ¡Lo quiero ya, lo quiero ya! ¡No puedo esperar, de veras que no puedo esperar!

—Mañana lo entenderás —sonrió.

Me había encantado todo, ese momento con ellos, me había regalado un día espectacular y unos regalos preciosos de los que pensaba disfrutar.

Henry era muy paciente y atento, trataba a todo el mundo con mucho cariño y respeto, era todo bondad, mi madre le tenía mucho cariño y admiración.

Por la noche se fueron y quedamos solo los dos, lo abracé con fuerza, gracias a él se pudo hacer aquello así, le dio la llave a mi madre para que lo prepararan todo, eran detalles que me enamoraban la vida, el alma, el día a día.

—Quiero el postre —dije quitándome la ropa en la habitación y quedando desnuda ante él.

—Y yo, y yo —se pegó a mí, desnudo y solté un gemido al notar su miembro rozando mi zona más caliente.

Me levantó en brazos y me sentó en el aparador, se pegó a mí, dejándome al borde y me penetró a la vez que tocaba mi otra zona con sus dedos, rápidamente comencé a chillar, aquello era una explosión de excitación en mi cuerpo.

Me agarré a sus hombros con fuerza, sentía que me iba a desvanecer de tanto placer. Aquel cuerpo fuerte era toda una sensación brutal, sentirlo en tan intenso momento.

Caí sobre él cuando llegamos al orgasmo, en su hombro, sin fuerzas, sin poder respirar con facilidad, me elevaba a lo más alto.

Me cogió en brazos y me llevó la bañera, él se sentó frente a mí, era muy espaciosa. Sonriendo, puso el grifo entre mis piernas, para limpiar por dentro lo que él había echado, me



encantaba su atención, su soltura, metió sus dedos para limpiar mejor y yo me quedé inmóvil, me gustaba como me tocaba, la forma en que lo hacía.

Sonreí abriendo las piernas un poco más y echando la cabeza hacia atrás, así que se puso gel en sus dedos y volvió a meterlos, a toquetear mientras con la otra mano, sujetaba el grifo que iba echando agua por mi cuerpo, por mis pechos, por mi zona baja...

Volví a gemir con esos dedos en mi interior mientras disfrutaba de esa baño que poco a poco se iba llenando, mientras nos aguantábamos las miradas del modo más morboso del mundo.

—¿Te gusta? Sacaba sus dedos y se iba a mi clítoris a moverlo y revolucionarlo de nuevo. En sus manos, parecía cobrar vida y su inflamación se iba notando a todas luces...

—Sí —no me moví, seguía con los ojos cerrado y la cabeza reposada sobre el borde de la bañera. No podía concebir una situación de mayor placer y relax. Era el sumun...

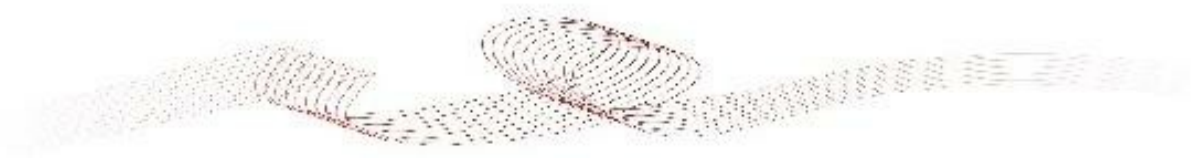
Levantó mi culo un poco y su boca se fue a mi zona, mordisqueó y luego con su lengua se puso a lamer mi clítoris y también a mordisquearlo, grité cuando cogió intensidad, me sujetaba con sus manos. Volví a correrme y a caer casi desfallecida.

—Me encanta que disfrutes, Tessa.

—Y a mí disfrutar contigo —dije sin fuerzas y sin abrir los ojos.

Me lavo todo el cuerpo dándome un masaje y luego nos salimos, me sequé y fui a la cama desnuda, lo mismo que él, no había nada mejor, que dormir de esa manera abrazada a él.

## Capítulo 13



—No me puedo levantar con este escultural cuerpo desnudo a mi lado —dijo pegándose hacia él y produciéndome de nuevo una excitación inmediata.

—Dormiré siempre desnuda... —carraspeé.

—Pues entonces tendremos un problema —se movió para producirme otro roce.

—Quiero muchos problemas como este —me moví yo esta vez, buscando rozarme con aquel bulto que conseguía ponerme a palpar.

Me subí encima de él y me penetró, me encantaba verlo desde arriba, con esas manos que sujetaban y movían mis caderas, que se subían a mis pechos y se agarraban con firmeza.

Me tiró sobre él, cuando ordenó con sus brazos que parara, lo abracé con fuerza al igual que él a mí, luego fuimos al baño, donde me encantaba que me lavara y hacía que me corriera a chillidos, entre esas cuatro paredes.

Más tarde nos fuimos a pasear en su coche, me llevó a un restaurante de estilo medieval a las afuera de la ciudad, nos pusieron de entrantes unos vinos.

Bromeamos sobre castillos, palacios y nobles. Lo teníamos todo tan superado que parecía como si hiciera un siglo de todo aquello y su recuerdo no nos provocaba dolor, sino risa.

Trajeron una ensalada con una flor de verdad encima, miré a Henry y volví a mirar la flor, que parecía tener entre sus pétalos una sortija.

La cogí y la saqué.

—¿Qué es esto? —pregunté mirándola. Era una maravilla. Una pieza única y no precisamente escogida al azar. Llevaba mis señas de identidad, es decir, parecía estar hecha especialmente para mí. Y es que, en poco tiempo, Henry había demostrado conocerme muy bien. Su cariño y entrega se notaba en cada detalle, ¡cómo no iba a verse en algo tan especial!

—No sé, parece de esos anillos que se usan para pedir matrimonio —carraspeo. Destilaba atractivo y, escucharle decir aquellas palabras que la entrega de la sortija anunciaba, me dejó sin habla...

—Henry...

—Si no lo quieres... —Levantó las manos.

—Henry, ¿me estás pidiendo...?

—Sí —dijo sonriendo y cortando mi pregunta.

—¿En serio? —me levanté y me puse en cuclillas a su lado.

—Levanta, quien se debería agachar soy yo —dijo bromeando.

—No quiero, sabes que no me gusta obedecer ni cumplir órdenes —le saqué la lengua y acaricié mis manos.

—Cásate conmigo...

Me levanté y lo abracé, llorando de la emoción.

—Sí, claro que sí, cuando quieras —lo besé y me puse el anillo emocionada, volví a mi asiento.

—Te voy a decir algo... Esperé a que estuvieras completamente segura, soy como me ves, en el día a día, como te trato, como lo hago con los demás, solo quiero hacerte feliz.

—Nadie más que tú me lo haría, soy inmensamente feliz, contigo conocí la felicidad en su plenitud.

—Te quiero —dijo sonriendo.

—Yo más que a nada en el mundo... ¡Te quiero Henry y sí, voy a casarme contigo mi amor! Es lo que más deseo en el mundo. No puedo imaginar una idea mejor. ¡Eres el hombre de mi vida!

Si algo tenía claro es que era él todo lo que necesitaba, lo que me hacía feliz, lo que me hacía olvidarme del feo pasado que había acechado mi vida.

Casarme con Henry...

Venía muchos días soñando con eso, pero nunca se lo había dicho, era una decisión que quería que tomara él, lo que no imaginaba que fuera tan pronto. No dejaba de sorprenderme y aquel era el mejor augurio. Nuestra vida no sería rutinaria. No paraban de sucederme cosas alucinantes a su lado y siempre me prometía que se esforzaría porque así siguiera ocurriendo.

Comimos de lo más emocionados, con esas miradas de complicidad que nos caracterizaba, dejando atrás aquella vida que tanto me había atormentado, sumida por un título que solo servía para el ego de quién lo quisiera o tuviera. Esa no era mi vida, mi vida era esta, la que estaba viviendo ahora.

De allí nos fuimos a pasear, en su coche, me llevó a un restaurante de estilo medieval a las afuera de la ciudad, nos pusieron de entrante unos vinos.

Llegamos a casa y cuál fue mi sorpresa que, desde la entrada a la habitación, había un pasillo hecho con flores en línea. Me puse las manos en la boca y comencé a llorar mientras caminaba incrédula.

—Gané muchas cómplices desde que te conocí —se refirió a mi madre y Elisabeth que seguro fueron las encargadas de preparar eso. Aquellas dos mujeres representaban, junto con Henry, el ramillete de lo mejor de mi vida y yo no podía sentirme más querida ni colmada de atenciones...

—No me lo puedo creer...

—Te mereces todo en la vida —me abrazó por detrás cuando vi la cama con un cartel precioso donde ponía, “te quiero”.

—Te lo mereces tú —me sequé las lágrimas y me giré —¿Dónde estuviste todo este tiempo que perdí de mi vida sin ti?

—Esperándote —cogió mi cara con sus manos y me besó de la forma más bonita que un hombre puede hacer sentir a una mujer, con una serie de cosquillas recorriendo mi estómago.

Hicimos el amor una vez más, como siempre, me encantaba sentirlo dentro de mí, inundándome de esos sentimientos que embargaban mi alma mientras tocaba su cuerpo.

## Capítulo 14

Habían pasado dos semanas desde que Henry me pidió matrimonio, ya estábamos preparándolo todo, ese día había quedado con mi madre y con Elisabeth, para ir a elegir el diseño de mi vestido para tan deseado día.

A todos los efectos yo la consideraba mi primera boda. La otra no había sido más que una farsa.

—Amor, yo comeré en la calle con ellas —dije mientras desayunábamos.

—Claro, sin problema, yo iré a comer a casa de mis padres cuando salga de la oficina, así los veo un rato.

—Genial, entonces me quedo más tranquila. Ya sabes que me encanta cuidarte, pero en este caso, te quedas en las mejores manos.

—No seas tonta —negó con la cabeza —, aunque me viniera para la casa, se hacerme de comer —rio.

—Lo sé tonto, si cocinas mejor que yo, pero te lo decía por qué me apetece comer tranquila con ellas en la calle, cosas de mujeres, los nervios de la compra del vestido —le saqué la lengua. Es todo tan emocionante que quiero vivirlo con total intensidad, sacando partido a cada momento.

—Ya sabes que me encanta que te vayas con ellas o con Alba, no me gusta que te quedes en casa siempre.

—Lo sé —sonreí emocionada por lo poco que faltaba para ese día.

—Pues disfruta, no se trata de hacerlo solo el día de la boda, se trata de disfrutar de todo el camino que lleva hasta ese día —me hizo un guiño— Aprovecha el antes, el durante y el después. Todo se hará a tu antojo, ya sabes que apenas entiendo de esas cosas...

—¿Como no te voy a amar tanto? Me dices unas cosas...

—Quiero lo primero, que seas feliz, lo segundo que seas feliz y lo tercero, que te aligeres que ya vienen a por ti —levantó la ceja.

—Hijo que manera de estresarme —bromeé terminando la tostada.

—Vaya un estrés que tienes tú... —soltó con ironía riendo.

—¡Envidioso!

—A veces te envidio, sí —volteó los ojos.

—Querías ser como yo —le saqué la lengua.

—Si yo fuera tú, me comía solo —soltó una carcajada y me produjo a mí una más grande —. Bueno, preciosa, me voy, a la tarde te veo —me dio un beso y se fue sonriendo.

No había un momento que no me sacara una sonrisa o unas risas, me hacía sentir la mujer más especial e importante del mundo, día tras día, momento a momento. Si es verdad eso de que las relaciones que más duran son aquellas en las que el hombre hace reír a la mujer, la nuestra estaba destinada a durar más que un martillo metido en manteca.

¿Sabes la sensación de que tu vida haya cambiado en tan poco tiempo, pero a la vez parece que el pasado es muy lejano?

Eso sentía yo, como si viviera desde hace mucho tiempo en esta continua felicidad, había conseguido calmar todo el dolor por el que había pasado. Me ayudó a recuperar una vida, una madre, un futuro, en tan poco tiempo y apareciendo de la nada, lo más surrealista del mundo, pero me había pasado a mí, lo estaba viviendo en mis propias carnes.

Recogí la mesa del desayuno y esperé a que llegaran, no tardaron mucho cuando el timbre sonó y salí para irme con ellas.

—Os habéis retrasado un poco —dije bromeando a modo de queja.

—Vaya —dijo Elisabeth —, tenemos a la novia nerviosa —reímos.

—No es eso —negué, agarré a cada una por un brazo y comencé a hablar —, es que sois dos mujeres que os entretenéis por el camino, que os conozco y bien. Cada vez que habláis os paráis y habéis venido andado, imagino la de paradas que habéis hecho.

—¿Qué no estás nerviosa? —Elisabeth, tocó mi mano con cariño.

—Bueno, un poquito —reí— Eso sí, que quede entre nosotras, no vaya a ser que se entere el novio y se ponga más ancho que un armario de seis puertas...

—Hija, estamos todos de los nervios —intervino mi madre —estoy tan feliz con esta celebración entre ustedes, no te lo imaginas. Y en cuanto al novio, no puede estar más contento. Irradia ilusión ese chico en la mirada cuando pone los ojos en ti. Es el yerno que toda suegra quisiera tener. Es, simplemente ideal.

—¿Como no se lo va a imaginar? —protesto Elisabeth, causándome otra risa.

—Bueno, dejemos los nervios —nos montamos en un taxi y le dijimos que nos llevara a la dirección de la boutique de novias.

Llegamos a la puerta y nos recibieron mucho simpáticas, era la tienda más exclusiva de la ciudad y todo era un agasajo de atenciones. Nos trataron como a reinas, salvando las distancias, que ya nosotras no queríamos tocar ni con un palo nada que tuviera que ver con la nobleza.

Yo lo tenía claro, quería un vestido que vi nada más llegar, de corte en el pecho cuadrado, de mangas pegadas hasta las muñecas, estrecho de cuerpo y con una caída en forma triangular, nada de mucho volumen. El escote era con una minúscula pedrería por todo el borde, era maravilloso.

—Te queda precioso —dijo Elisabeth al verme con él, poniéndose las manos en la cara.

Miré a mi madre y negué con la cabeza. ¡La que nos venía encima!

—Mamá queda dos semanas para la boda y ya estás llorando —resoplé ante la sonrisa de la chica que nos atendía— Como no te calmes, al final en la ceremonia se le van a escapar las lágrimas hasta al apuntador....

—Estoy emocionada de verte tan guapa y feliz. Es lo que siempre quise para ti. Un sueño hecho realidad, vida mía...

—Ya, ya —reí negando y mirándome al espejo.

Estaba preciosa, parecía que fuera la primera vez que me vistiera de novia, me veía radiante. Una sabe cuándo desprende luz, esa que procede del interior y se refleja en el exterior y era el caso.

Había decidido llevar en el pelo una tiara que mi madre guardaba de su bisabuela, que fue con

la que se casó y esta vez me la quería poner. Era una reliquia familiar y no se me ocurría mejor complemento para lucir...

Estaba claro que ese era mi vestido, el que quería lucir el día de mi boda, con el que quería impresionar al que sería mi marido ese día. También dicen que hay un solo vestido para cada novia y aquel era el que me sentaba como un guante.

Salimos emocionadas, las tres coincidimos en que era el ideal y ya sí que estaba nerviosa.

Nos fuimos a mirar una tienda de lencería, quería cuidar todos los detalles ese día, así que esas prendas eran tan importantes como el vestido. Aquella sí que sería una noche de bodas como mandan los cánones, con grandes dosis de romanticismo y pasión y quería estar lo más sugerente que fuera posible.

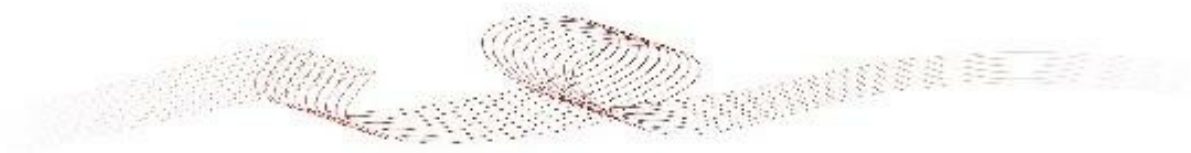
Elisabeth y mi madre estaban más emocionada con todo aquello que yo, miraban felices la lencería bromeando, pero yo vi la que quería, una de encaje precioso, sexy y elegante, lo tenía todo, me encantó, fue un amor a primera vista como el vestido. Ya podía verme con ella puesta.

De allí nos fuimos a comer, a un restaurante que yo conocía por Henry y se comía bien, así que nos pusimos como cotorras emocionadas a charlar sobre el vestido y todo. Lo estábamos viviendo al cien por cien y eso era lo importante. Aquellos bonitos momentos de las tres unidas con el objetivo de organizar el día más importante de mi vida quedarían grabados a fuego en mi memoria.

Mi tío de Edimburgo iba a venir a la boda y me hacía muy feliz, me iba a llevar del brazo ante Henry y eso me llenaba de satisfacción. Sin duda, caminaría de su brazo mucho más satisfecha de que lo hice del de mi padre el día de mi boda con el innombrable.

Mi vida en la ciudad estaba siendo un golpe de aire fresco, había descubierto un estilo de vida que antes no conocía y Alba, había sido muy importante en este tiempo, venía mucho a casa a compartir conmigo charlas, me había arropado de una forma brutal.

## Capítulo 15



Y llegó el tan ansiado día y yo estaba de los nervios en casa de mi madre, con ella y Elisabeth, además de mi tío con su mujer. Compartimos un delicioso desayuno estrechando nuestras manos en modo cómplice. Estábamos radiantes y no podíamos ni queríamos disimularlo.

Mi tío cuando me vio el día anterior después de tanto tiempo, me abrazó y lloró un buen rato, me hizo recordar cuanto siempre fui su ojito derecho. Teníamos mucho tiempo que recuperar y sin duda lo haríamos. Una vez pasara la boda, compartiríamos buenos ratos familiares en los que nos pondríamos al día de todo.

Vino una peluquera y maquilladora, bien temprano, tardaron bastante, me hizo un peinado de lo más bonito, recogido pero con volumen, encima la tiara que tanto ganas tenía de verme puesta. Mi madre me dijo que parecía una reina, y yo le respondí que agradecía el cumplido, pero que en versión plebeya me iba bastante mejor. Reímos con ganas.

Los nervios se apoderaban de mí, estaba ya loca por atravesar la puerta y salir al lugar donde me encontraría con Henry, el que se había convertido en el amor de mi vida. Lo imaginaba más nervioso que un pavo escuchando una pandereta y mi alma se iluminaba.

—Necesito un calmante, algo, emborracharme, no sé, lo que sea —dije ya preparada y muerta de risa por los nervios—Y si no, me podéis dar un palo en la cabeza y dejarme lista hasta que sea el momento. No os lo tomaré a mal—añadí.

—Hija, por favor —rio a modo riña —eso luego, ahora toca ir a dar el sí quiero.

—Tranquila —agarró mi mano mi tío —luego nos emborrachamos los dos. Debes estar de lo más graciosa con dos copitas de más. Y un día es un día. No imagino mejor ocasión para hacerlo.

—Eso, tú ánimala —le reprocho bromeando Elisabeth—Ya no recuerdas cómo era, pero a esta elementilla no se le pueden tocar las palmas porque comienza a hacer de las suyas...

—Bueno, ya, que me da —moví las manos rápidamente a modo nervioso—Estoy atacadita.

—No hace falta que lo jures—dijo Elisabeth—¡Si no paras de hacer aspavientos! Nos vas a dar un testarazo a cualquiera que nos vas a desgraciar antes de la boda.

—¡Nos vamos! —dijo mi tío jalando de mí.

Afuera había dos coches con chofer, en uno iría yo con mi tío y en el otro su mujer con mi madre y Elisabeth.

Pasé todo el camino resoplando, miraba por la ventana y sentía los nervios en cada parte de mi cuerpo, notaba como si me fuera a quedar sin aire, no recordaba un día tan emocionante y nervioso como aquel. Londres me parecía más señorial que nunca y, conforme pasábamos por sus calles más emblemáticas, los recuerdos de mi vida se iban agolpando en mi mente. Por fin, enfilamos la carretera que nos llevaría a las afueras.

Llegamos a la finca donde se hacía el enlace y se celebraba la boda, aquello estaba precioso preparado en el exterior, todos esperando y Henry con su mamá, estaba emocionado y sacó un pañuelo para secarse las lágrimas.

Llegué hasta él y me agarró las manos y besó mi mejilla. Estaba tembloroso y no ocultaba sus sentimientos. Me parecía lo más tierno del mundo y, si cabía la posibilidad, sentí que me estaba enamorando más de él en aquel instante.

La ceremonia fue rápida ya que era civil y el oficial no demoró mucho la cosa, rápidamente dimos el sí quiero y pasamos a la parte de la celebración. La emoción dio paso a la diversión y los novios estábamos exultantes. Todos coincidían en lo enamoradísimos que se nos veía y, aun así, creo que se quedaban cortos.

Henry no dejaba de llorar, yo lo miraba sonriente y lo abrazaba, estaba muy emocionado, mucho más que yo que había pasado el último mes echa un manojo nervios, pero él llevaba todo por dentro y lo soltó ese día. Cada uno es cada uno y lleva las cosas a su manera. Y mi ya marido era todo corazón, como estaba demostrando.

Tiré el ramo, aunque era un puro trámite. Aquel ramo tenía nombre y no era otro que el de Alba, bueno, hubiera matado si no fuera así, casi se apartaron todos para que lo cogiera, ya había amenazado con anterioridad a todos los invitados.

No tenía la sensación de que fuera mi segunda boda, la estaba viviendo como si fuera la primera y eso se percibía de lejos. No cabía en mí de gozo.

Me sorprendió que Henry, a quien no le gustaba en absoluto ser el centro de atención, decidiera hacer un brindis. “Por Tessa, la mujer que me ha convertido en el hombre más afortunado del mundo al aceptar convertirse en mi esposa”. Breve, pero conciso y directo al corazón, así me sonó. Los invitados rompieron a aplaudir.

Los novios abrimos el baile con un romántico vals que llevábamos un tiempo ensayando pues a Henry le daba algo de pavor quedarse bloqueado en ese momento. Por mi parte, llevaba el ritmo en las venas así que estuve encantada con aquellos ensayos. Cuando llegó el momento, nos quedó de lujo y los invitados nos vitorearon sin parar.

—Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado que esto iba a pasar, preciosa—me dijo, mientras bailábamos... Piensa cómo te conocí. Esto para mí era inalcanzable...

—Mientras hay vida hay esperanza, cariño. Y yo no podré cumplir años suficientes para agradecerte que me salvaras de aquello...

—No hay nada que agradecer, mi vida. Salvándote a ti, también me salvaba yo. En mi caso, de una vida sin ti, que no quería vivir en ningún caso.

Bebí tanto que me sentí mareada y muy graciosa, Henry no dejaba de negar sonriendo, me agarraba por la cintura y me echaba hacia atrás y me besaba, así se pasó todo el día, me encantaba su desparpajo y esa cara de felicidad que me transmitía.

Alba se tiró todo el día bailando y cantando con el ramo en la mano, nos reímos mucho con ella. Estaba encantada y yo estaba segura de que no faltaría quien la pretendiera e hiciera de ella otra preciosa novia y, de hecho, los amigos solteros de Henry hacían cola para poder ser su pareja de baile en cada pieza que sonaba.

Elisabeth, mi madre y la mujer de mi tío bailaron y bailaron como unas quinceañeras, se lo estaban pasando bomba. El día no podía ser más perfecto para las grandes mujeres de mi vida...

No éramos más de treinta personas, pero los que queríamos que estuvieran, no más, queríamos que fuera algo muy íntimo con las personas que creíamos conveniente en nuestras vidas. Nada de lujo, nada de ostentación y nada de parafernalia. Eso lo dejábamos para otros...



Entre todos los invitados había una pareja a la que no podíamos dejar de agradecer su presencia. Sin ellos tampoco habríamos podido llegar a ser lo que éramos. Se trataba de Sarah y Karl, que ya habían roto todo vínculo con James y aceptaron con entusiasmo nuestra invitación al enlace.

La fiesta terminó a altas horas, nos despedimos de todos y un coche nos llevó a un lujoso hotel señorial de la ciudad donde nos tenían preparada la suite presidencial.

Aluciné en aquella habitación, era preciosa, con cestas de frutas y bombones, unas vistas increíbles a Hyde Park. No se podía pedir más. Henry había pensado en todo y yo me dejaba querer....

Nos desnudamos y lo hicimos entre risas, miradas cómplices y sabiendo que ahora sí éramos marido y mujer. Fue maravilloso. Henry comenzó muy ardiente, situando mi cuerpo desnudo sobre aquellas preciosas pero resbaladizas sábanas de raso blancas, con su cabeza metida entre mis piernas y su lengua haciendo malabares sobre mi sensible clítoris, que no tardó en estallar en su boca, en una explosión orgásmica que me hizo chillar...

A continuación, quise devolverle el favor, pero solo me permitió hacerlo unos segundos, los suficientes para poner su glánde más duro que la punta de una flecha y, ser ahora él quien se tumbara boca arriba para hacerme cabalgar sobre su miembro. Yo le había pedido varias veces llevar las riendas y él siempre me decía que era algo que reservaba para un momento especial...

Encima suya sentí que cualquier sensación de poder que hubiese podido experimentar hasta ese momento, era minúscula al lado de aquello. Me dejó manejar la situación a mi antojo y eso era algo que no todas las mujeres de la época tenían la oportunidad de vivir. La cadencia del movimiento de mi cadera le puso al límite.

—¡Para Tessa, por lo que más quieras, que no puedo más y no me llamo Henry si no...!

—¡Guauuuuu! Sigue así mi amor, vas a hacer que me vuelva a pasar...—exclamé, mientras me comenzaba a penetrar él desde arriba y sentía que la vibración de su miembro estimulaba todos y cada de los nervios de mi húmeda cavidad, que pedía más y más marcha....

Sus movimientos circulares hicieron el resto y ambos caímos rendidos entre gritos, gemidos y besos que anunciaban un final esperado y de lo más placentero...

Esa noche dormí pensando en todo, aquello era un sueño para mí, algo que era mucho más de lo que yo deseaba para mi vida, yo solo quería vivir mi vida, que me dejaran escoger, salir, entrar aunque fuera bajo normas, pero no, ahora lo tenía todo, tenía al hombre más especial del mundo y tenía la libertad en todo el sentido de la palabra, ¿se podía ser más feliz?

Esa mañana nos despertamos a las diez, agotados por el día anterior y bajamos a desayunar al restaurante de forma relajada, tranquila y con una sonrisa de idiotas que no se nos borraba de la cara.

Al día siguiente y, antes de volver a nuestra bonita vida en casa, convertidos ya en marido y mujer, Henry me sorprendió con una luna de miel inesperada de la que no había soltado prenda en ningún momento durante el tiempo que medió entre la pedida y la boda.

París nos esperaba y descubrir de su mano “la ciudad del amor” suponía una experiencia inigualable y la culminación de un sueño. No puedo elegir mejor destino y en esa ocasión fui yo quien dejó brotar las lágrimas de mis ojos mientras él me juraba amor eterno ante la Torre Eiffel.

En ese momento mágico, tomé conciencia de que nada malo podría pasarme mientras él estuviera ahí. Nuestro amor no entendería de barreras y juntos sortearíamos cualquier avatar que el destino nos deparara.

—¿Te gusta lo que ves, mi niña?

—No podría gustarme más, pero es así desde el primer día que lo vi...

—¡Me vas a sacar los colores! Yo me refería a París...

—París es precioso, pero nada comparado contigo...—

—¿Esto es eso que llaman “felicidad”, verdad?

—Eso creo...

—Quisiera detener el tiempo Tessa...

—Me temo que eso no podemos hacerlo, pero sí te prometo que viviremos cada segundo como si fuera un regalo... Y sacaremos el jugo a todos y cada uno de los días de nuestra vida...

## Epílogo



*Seis años después...*

—Como vuelvas a tirar la leche, te juro que la beberás de la mesa —dije a mi pequeña Susan de cinco años, nuestra princesa, nuestra vida, esa que, aunque me sacara de quicio mil veces, la amaba con todas mis fuerzas.

—El hermano no quiere biberón —dijo mirando a Mathew de dos años que en ese momento tiró el biberón contra la pared, abriéndose y dejando todo aquello manchado.

Me quedé boquiabierta.

Me quedé boquiabierta. Eran dos trastos de tomo y lomo, pero me colmaban de dicha. Si había algo que no quería para mi niña es que se criara como hija única pues yo siempre eché en falta tener hermanos y la llegada de Mathew había zanjado la cuestión. Ahora, eso sí, tocaba apechugar con las consecuencias...

—¡No puedo con ustedes! —grité desesperada y el pequeño se rio, cosa que Susan, estaba pálida por la que había liado su hermano.

—¿Qué pasa aquí? —entró Henry, riendo al ver el desastre y miró al pequeño que le decía con el dedo, que él no había sido.

—No, él no fue, fui yo —puse los ojos en blanco, mientras negaba mirando al pequeño.

—Mamá —dijo Mathew, encima mentiroso. Me señalaba riendo echando la culpa.

—Necesito unas vacaciones, en una isla, un mes sola —resoplé.

—¿Dónde vas a ir tú sin nosotros? —reía mientras me abrazaba —Anda, siéntate y tómate el café, yo lo recojo —dijo mirando al pequeño que tenía las manos en la boca y una sonrisa de no haber roto un plato.

—Y pensar que estarán todo el verano sin escuela —me puse las manos en la frente. Hasta el pequeño iba a una guardería exclusiva en la temporada escolar.

—Tranquila, ya nos vamos en un rato de vacaciones a la playa, verás cómo te relajas.

—¿Con estos dos? —Señalé a los niños y el pequeño seguía sonriente, Susan ya comenzaba con su sonrisa.

—Si no puedes vivir sin ellos... —resopló mientras fregaba lo que había provocado el lanzamiento del biberón.

El timbre sonó y salí a abrir a mi madre. No había un día que no viniera a ver a sus dos soles y a los que mimaba hasta el punto de que saltaban de alegría cuando entraba por casa.

—¿Dónde están mis amores?

—¡Abuelaaa! —gritó Susan, echándose en sus brazos y el pequeño desde la trona le estiraba los brazos para que lo cogiera.

—Mis amores —los abrazaba feliz.

—Te los regalo —dije volviéndome a sentar en otro intento de desayuno.

—Yo me los quedo, pero al momento, vendrías llorando por ellos.

—¿Lo ves? —intervino Henry, riendo.

—No sabéis el estrés que tengo —volteé los ojos.

—Hija si acaba de comenzar el verano...

—No me lo recuerdes... —Hice como la que se desmayaba.

Una risa se produjo en todos.

—Venga vida, que lo vamos a pasar genial en el sur de España, van a ser unos días inolvidables.

—Yo quiero relax, pero eso no lo hay en ninguna parte del mundo con estos dos —negué mientras cerraba los ojos.

—Yo me voy a portar bien —dijo Susan riendo.

—Bien... —me eché a reír.

—Hija, ellos son muy buenos —dijo mi madre tomando el café que le había servido Henry.

—Buenos son, pero que están todo el día inventando como liarla, también —que ganas tengo de que llegue septiembre.

La verdad es que no me podía quejar, eran buenos, pero me liaban cada una... De todos modos, Henry y mi madre tenían razón. Por mucho que me quejara y que a veces jurara en arameo, no podía imaginar ni uno solo de los días de mi vida sin aquellos pequeños mequetrefes.

Henry era todo un padrazo y me ayudaba mucho, en época escolar me llevaba a los niños por la mañana y yo lo recogía al medio día, no podía quejarme, pero llevaban unos días de vacaciones e iban de trastada en trastada. La paz se había acabado en la casa y yo necesitaba unos días de asueto en los que cargar pilas. Se precisaba energía a raudales para torear a aquellos dos enanos.

Mi madre y Elisabeth eran las abuelas más felices del mundo, junto a la mamá de Henry, esa adorable mujer que me tenía ganado el corazón. Total, que la cuestión es que, en vez de dos abuelas, tenían tres y aquellos ratoncejos sabían sacar tela de partido a la situación.

Yo amaba a mi marido, a mi vida, a mis dos pequeños amores, esos que me sacaban de quicio, pero eran mi vida, en el fondo me quejaba más de lo que sentía, pero así llamaba también un poco la atención, esa que se llevaban los enanos.

Nos íbamos de vacaciones y eso me hacía feliz, el estar los cuatro juntos era algo que me emocionaba mucho. Lejos de las obligaciones de la vida diaria, Henry y yo disfrutaríamos como no siempre teníamos oportunidad de la bonita familia que habíamos formado.

Fui a preparar las pocas cosas que me quedaban, esa era otra, la mayor parte de las maletas eran para los niños, necesitaban para todo un sinfín de cosas. ¡Dios mío, cuanto menos tamaño tenían, más trastos había que acarrear!

Henry apareció por la habitación y me abrazó sonriente. Ni un solo día de aquellos últimos seis años había dejado de demostrarme lo importante que era para él y, cuando nacieron los niños, se volcó todavía más, cosa que yo no pensaba que pudiera hacer.

—¿Mejor?

—Claro —sonreí.

—Quiero que disfrutes, te relajés, yo me encargaré de ellos ¿vale? Estos días no tengo nada que hacer y te prometo que no vas a darte ni cuenta de que hay niños... Y a la vuelta, te tengo una

sorpresa...

—¿Una sorpresa? ¡Sabes que no puedo esperar, conoces mis limitaciones, las conoces! Tienes que soltarlo ya, por favor, por favor, por favor...

—Pero amor, ¿tú que parte de “sorpresa” es la que no entiendes? ¡Siempre me lo haces igual y yo caigo como un pardillo! Esta vez tendrás que esperar...

—No, no puedo, ¡es superior a mis fuerzas! Suéltalo, suéltalo, suéltalo...

—Lo voy a soltar, pero por mi salud mental, no te creas. Me estás poniendo la cabeza como un bombo y me voy a quedar echo un trapo. ¡Ahí va! A la vuelta, nuestros queridos enanos se quedarán con sus tres abuelas, que para eso lo están deseando y tú y yo disfrutaremos de nuestros primeros días a solas desde que nació Susan...

—No entiendo. Termina de explicarte. Dale, venga...

—Pues muy sencillo. ¿Recuerdas ese viaje a Nueva York con el que llevas toda la vida soñando? Pues ha llegado el momento, mi amor. La ciudad de los rascacielos nos espera y tú volverás con los depósitos de energía a rebosar...

Ese era Henry, el servicial, el padrazo, el gran marido, la mejor persona que había encontrado en mi vida, o mejor dicho, me había encontrado él y me salvo de vivir condenada a un hombre que no me amaba, donde su único propósito era ser feliz él...